

# San Miguel Arcangel

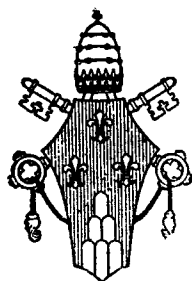


AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Arcángel San Miguel, defiéndenos en la batalla; sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio. Reprímale Dios, pedimos suplicantes; y tú, príncipe de la celestial milicia, lanza al infierno, con el divino poder, a Satanás y a los otros malignos espíritus que discurren por el mundo para la perdición de las almas.

(Oración que se rezaba al final de la Misa, según el antiguo ordo.)

# CRISTIANIDAD



## CARTA DE S. S. PAULO VI AL OBISPO DE BAYEUX Y LISIEUX PARA EL CENTENARIO DE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS

En este año 1973, el centenario del nacimiento en la tierra de Teresa Martín se presenta como luz providencial. ¡Que su proximidad de Dios, la sencillez de su plegaria conduzcan a los corazones a buscar lo esencial! ¡Que su esperanza abra el camino a los que dudan de Dios o sufren sus limitaciones! ¡Que el realismo de su amor eleve nuestro quehacer cotidiano, transfigure nuestras relaciones en un clima de confianza en la Iglesia! Y desde lo alto del cielo no duda-

toda su vida un coloquio con el Bien-Amado, y ha encontrado en ello, no sólo una aventura espiritual extraordinaria, sino el lugar en que pueda alcanzar los horizontes más amplios y compartir íntimamente los cuidados y las necesidades misioneras de la Iglesia. Todos los que hoy van en busca de lo esencial, que presienten la dimensión interior de la persona humana, que buscan el soplo capaz de suscitar una verdadera oración y dar un valor teológico a toda su

**EXHORTAMOS A LOS SACERDOTES, A LOS EDUCADORES, A LOS PREDICADORES A TOMAR COMO TEMA DE SUS HOMILÍAS, DE SU CATEQUESIS, EN SUS RETIROS, EN SUS PEREGRINACIONES, Y TAMBIÉN A LOS TEÓLOGOS A ESCRUTAR LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS.**

Paulo VI al Obispo de Bayeux y Lisieux

mos, que Santa Teresa del Niño Jesús no cesará, en este año jubilar, de realizar sobre la tierra el bien que ella ha prometido.

En nuestra época, la intimidad con Dios persiste como un objetivo capital pero difícil. En efecto, se ha lanzado la sospecha sobre Dios; se ha calificado de alienación toda búsqueda de Dios por sí mismo; un mundo ampliamente secularizado tiende a cortar desde su manantial hasta su finalidad divina, la existencia y la acción de los hombres. Por lo tanto la necesidad de una oración contemplativa, desinteresada, gratuita, se hace cada vez más necesaria. El mismo apostolado en todos sus niveles, debe enraizarse en la oración, encontrar de nuevo el Corazón de Cristo, cuando está bajo el peligro de desvanecerse en una actividad que no conserva de evangélica más que el nombre. Frente a esta situación Teresa es la que ha creído apasionadamente en el Amor de Dios, que ha vivido bajo su mirada aun en los menores detalles cotidianos andando en su presencia, que ha hecho de

vida, Nos les invitamos a que sean contemplativos o apóstoles, o volverse hacia la carmelita de Lisieux: más allá de un lenguaje necesariamente marcado por su época, constituye un guía incomparable en los caminos de la oración.

Además, hoy importa reavivar la esperanza. Muchos sienten duramente el límite de sus fuerzas físicas y morales. Se sienten impotentes ante los inmensos problemas del mundo del que se estiman con justo título solidarios. El trabajo cotidiano les parece aplastante, oscuro, inútil. Muchas veces la enfermedad les condena a la inacción, la persecución tiende sobre ellos un velo sofocante. Los más lúcidos sienten aún más su propia flaqueza, su cobardía, su pequeñez. El sentido de la vida no les aparece claramente, el silencio de Dios, como se dice, puede oprimirles. Algunos se resignan con pasividad; otros se reafirman en su egoísmo o sobre el placer inmediato; otros se endurecen o se rebelan; otros, en fin, se desesperan.

A unos y a otros Teresa del Niño Jesús y de la

Santa Paz enseña a no contar en si mismos, ya se trate de sus virtudes o de sus limitaciones, sino a contar con el Amor misterioso de Cristo que es más grande que nuestro corazón y nos asocia a la ofrenda de su Pasión y al dinamismo de su vida. ¡Puede ella enseñar a todos su “caminito” camino real, el espíritu de infancia, que está en las antípodas de la puerilidad, de la pasividad de la tristeza! Crueles pruebas de familia, escrúpulos, miedos, otras dificultades parece que habían de turbar su expansión; la enfermedad no perdonó su juventud, y experimentó profundamente la noche de la fe. Pero Dios le hizo encontrar en el seno mismo de esta noche, el abandono confiado y el ánimo, la paciencia y la alegría, en una palabra, la verdadera libertad. Nos invitamos a todos los hombres de buena voluntad, especialmente los pequeños y los humildes, a meditar esta paradoja de esperanza.

En fin, la inserción realista en la comunidad cris-

y permitió a muchas almas tomar un impulso nuevo y adaptado a cada una de ellas. Pero para hacer esto, no se alejó de la obediencia; supo utilizar con realismo los humildes medios que le ofrecía su comunidad y que la Iglesia ponía a su disposición. Ella no ha esperado, para empezar a obrar, un modo de vida ideal, un ambiente más perfecto, sino que más bien contribuyó a cambiarlos desde dentro. La humildad es la esencia del amor. El valor de los actos se mide por su carga de amor. Su busca de Absoluto y la trascendencia de su caridad le han permitido franquear los obstáculos, o mejor transformar sus limitaciones. Es con confianza que ella ha juntado de pronto lo esencial de la Iglesia, el “Corazón de la Iglesia” que nunca ha separado del Corazón de Jesús. ¡Pueda ella obtener hoy a todos sus hermanos y sus hermanas católicas ese amor a la Iglesia nuestra Madre!

Si, de su ejemplo, de su intercesión esperamos grandes gracias. Que los seglares sientan el gusto de

**FORMULANDO DE TODO CORAZÓN ESTOS DESEOS OS ALENTAMOS PUES, QUERIDOS HERMANOS, EN EL EPISCOPADO A PONER TODO EMPENO PARA QUE EL MENSAJE DE LA SANTA DE LISIEUX SEA DE NUEVO PROPUESTO, MEDITADO, PROFUNDIZADO, EN CORRESPONDENCIA CON LAS NECESIDADES ESPIRITUALES DE NUESTRO TIEMPO.**

Paulo VI al Obispo de Bayeux y Lisieux

tiana donde se nos llama a vivir en el momento presente Tesesa de Lisieux se nos aparece como una gracia eminentemente deseable para nuestro tiempo. Muchos cristianos no ven manera de conciliar concretamente el desarrollo personal y las exigencias de la obediencia religiosa o de la vida común; la libertad y la autoridad; la santidad y la institución; la verdad de las relaciones y la caridad; la diversidad de carismas y la unidad; el realismo cotidiano y la contestación “profética” del presente... Santa Teresa se encontró constantemente con estos problemas. Será en vano, ciertamente, encontrar en ella una formulación moderna de estas cuestiones, y menos de soluciones sistemáticas. Pero no se pueden negar las intuiciones luminosas que han presidido sus relaciones diarias con sus Hermanas —especialmente las novicias que fueron sus compañeras— y su inserción en el cuadro estrecho de su vida conventual. Con la fineza de su sensibilidad, la lucidez de su juicio, su deseo de sencillez, su apego a lo esencial, puede decirse que ella siguió al Espíritu, abrió un camino original, expansionó su propia personalidad espiritual

la vida interior, el dinamismo de una caridad sin fallos, sin jamás separar su obra terrestre de la realidad del cielo. Que los religiosos y las religiosas se sientan reafirmados en su donación total al Señor. Que los sacerdotes, por los que ella tanto ha orado, comprendan la belleza de su ministerio al servicio del amor divino y que los jóvenes cuya generosidad y fe duden hoy día ante la perspectiva de una consagración absoluta y definitiva, descubran la posibilidad y el precio sin par de tal vocación, la que tenían desde antes de sus quince años, para renunciar a todo lo que no fuera Dios, para mejor consagrar su vida a “amar a Jesús y hacerlo amar”. Ella no se arrepintió “de haberse entregado al Amor”, lo dijo en su lecho de muerte; Dios es fiel, el amor de Jesús no engaña; el Espíritu Santo viene en cocorro de nuestra debilidad. Y la Iglesia tiene necesidad, ante todo, de santidad.

Formulando de todo corazón estos deseos os alentamos pues, queridos hermanos en el Episcopado a poner todo empeño para que el mensaje de la santa de Lisieux sea de nuevo propuesto, meditado, profun-

dizado, en correspondencia con las necesidades espirituales de nuestra tiempo. Os felicitamos por la acogida con que en vuestra diócesis se prepara a recibir los peregrinos, en el ambiente gozoso, de sencillez y de recogimiento que convienen a este acontecimiento religioso. Exhortamos a los sacerdotes, a los educadores, a los predicadores a tomar como tema de sus homilias, de su catequesis, en sus retiros, en sus peregrinaciones, y también a los teólogos a escrutar la doctrina espiritual de Santa Teresa del Niño Jesús. Es un gozo para Nos saber que numerosas y excelen-

tes publicaciones contribuyen a descubrir más aún esta alma santa a dar un eco profundo a su aventura espiritual, con el respeto necesario de autenticidad de los hechos y de la misión misteriosa de la gracia.

También invitamos a los peregrinos de Alençon y de Lisieux a rogar por nuestro ministerio de Pastor universal. Y a vosotros, y a todos los que se esfuerzan para entrar en el camino abierto por Santa Teresa del Niño Jesús y sobre todo a las queridas religiosas carmelitas dirigimos con nuestros paternales alientos nuestra bendición Apostólica.

**... LA NECESIDAD DE UNA ORACIÓN CONTEMPLATIVA, DESINTERESADA, GRATUITA, SE HACE CADA VEZ MÁS NECESARIA. EL MISMO APOSTOLADO EN TODOS SUS NIVELES, DEBE ENRAIZARSE EN LA ORACIÓN, ENCONTRAR DE NUEVO EL CORAZÓN DE CRISTO, CUANDO ESTÁ BAJO EL PELIGRO DE DESVANECERSE EN UNA ACTIVIDAD QUE NO CONSERVA DE EVANGÉLICA MÁS QUE EL NOMBRE.**

Paulo VI al Obispo de Bayeux y Lisieux

## SIENTO EN MI LA VOCACION DE GUERRERO

Durante algunos instantes me quedé dormida en la oración. Soñé que hacían falta soldados para la guerra. Dijisteis: "Hay que mandar a Sor Teresa del Niño Jesús. Yo contesté que hubiera preferido una guerra santa. Por fin, no obstante, partí.

"¡Oh, Madre mía! ¡Qué feliz hubiera sido combatiendo, por ejemplo, en las Cruzadas, o más tarde, en la lucha contra los herejes! ¡No hubiera temido el fuego!

"¿Es posible que muera yo en una cama?"

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS  
(Últimas conversaciones)

# UNA GRAN EFUSION DE CARIDAD

En el 15.º aniversario de la muerte del P. Ramón Orlandis, S. I.

También este año quiere "CRISTIANDAD", al recurrir, en el presente mes de febrero, el 15.º aniversario del día triste y dichoso a la vez, en que nuestro venerado fundador nos dejó con su presencia corporal, para ser nuestro intercesor en el Cielo; evocar un recuerdo suyo, que reavive en todos nosotros su respetada y querida memoria; y nos sirva, como siempre, de enseñanza y de estímulo para seguir animosos su inspiración y sus huellas.

El recuerdo de este año será una luminosa idea, que el autor de estas líneas le oyó decir al inviolable P. Orlandis, repetidas veces.

Aseveraba con acento de firme convicción, como cosa que llevaba muy dentro del alma, que los comentadores de la inmortal Encíclica de León XIII "Rerum novarum", sobre la condición de los obreros (15 de mayo de 1891); y los que hablan de ella en libros, revistas y discursos, no han dado, por regla general, la debida importancia a lo que el sapientísimo Pontífice escribió, al final de su Encíclica, como complemento necesario de ella, y como solución perfecta de la llamada "cuestión social". Dice así:

"Apliquen los sagrados ministros las fuerzas todas de su ánimo y toda su industria; y, precediéndolos vosotros, Venerables Hermanos, con la autoridad y

con el ejemplo, no cesen de inculcar a los hombres de todas las clases sociales, las enseñanzas de vida tomadas del Evangelio; con cuantos medios puedan, trabajen en bien de los pueblos; y especialmente procuren conservar en sí mismos, y excitar en los otros,

tanto en los de las clases más altas, como en los de las más bajas, la caridad, señora y reina de todas las virtudes.

"Porque la solución y la salud que se desea, principalmente se ha de esperar de una *gran efusión de caridad*; es decir, de la caridad cristiana, en que se compendia la ley de todo el Evangelio; y que, dispuesta siempre a sacrificarse a sí misma por el bien de los demás, es al hombre, contra la arrogancia del siglo y el desmedido amor propio, antídoto certísimo, virtud salvadora, cuyos oficios y divinos caracteres describe el Apóstol San Pablo con estas palabras: «La caridad es paciente, es benigna, no busca sus propios provechos, todo lo sufre, todo lo sobre-



Una fotografía del P. Orlandis en su juventud.

lleva.» (1 Cor., 13, 4-7)."

Al evocar, con el P. Orlandis, este luminosísimo final de la Encíclica "Rerum novarum"; y con el deseo de penetrar su profundo sentido, como clave y solución perfecta que es, de la cuestión social, según la certera intuición con que lo exponía el insigne inspirador de esta Revista; consideremos estas

dos verdades: 1.<sup>a</sup>, la virtud de la justicia es enteramente necesaria en la vida social humana, y fundamento de la solución de todos los problemas sociales; pero, 2.<sup>a</sup>, la justicia no basta; es, además, necesaria la virtud de la caridad, y una gran efusión de caridad, como solución completa de la cuestión social.

### 1.º LA VIRTUD DE LA JUSTICIA, NECESARIA EN LA VIDA SOCIAL HUMANA

Son varios los significados que la palabra "justicia" tiene en la Sagrada Escritura y en la Tradición Apostólica, lo mismo que en el Magisterio de la Iglesia, en los escritos de los Santos Padres y en los tratados de los Teólogos.

Pero las principales acepciones del término "justicia" son tres.

En primer lugar, justicia significa la santidad sobrenatural, la vida divina en el hombre, participación inefable pero realísima, de la justicia o santidad de Dios. Es la vida nueva que nos da Dios en el Bautismo, al infundirnos la gracia justificante o santificante, con las virtudes y dones del Espíritu Santo. Y bien se ve que en este primer sentido, la palabra justicia no significa precisamente un hábito intelectual o moral, ni una potencia, o facultad o fuerza espiritual; sino un *estado*; el estado sobrenatural de justicia o gracia divina. Y así se dice que Dios creó al hombre en justicia original.

En segundo lugar, el nombre de *justicia* se emplea para significar el conjunto de todas las virtudes; y así es que no sólo en el lenguaje corriente de los hombres, sino también en el de la Sagrada Biblia, se llama *justo* al que en todas sus acciones guarda plena conformidad con la norma suprema de los actos humanos, que es la voluntad de Dios, manifestada en su Ley. Y como no basta el ejercicio de una sola o de algunas virtudes tan sólo, para observar todos los preceptos de la Ley de Dios; como tampoco, y menos sus consejos; por eso, fundamentalmente el calificativo de *justo*, sin restricción, no puede aplicarse más que a quien abarca y posee todas las virtudes: "La justicia, dice San Juan Crisóstomo, no es otra cosa que la plena observancia de todos los mandamientos" (Hom. 12 in Mt.). Y San Jerónimo: "Todas las especies y naturalezas de virtud van contenidas y significadas bajo este nombre de *justicia*" (Ep. ad Demetriaden).

En tercer lugar, la palabra *justicia* significa una virtud particular; aquella virtud que inclina la voluntad a dar a cada uno lo que de derecho le per-

tenec. Y más concretamente, en el concepto y lenguaje cristiano, la justicia es una de las cuatro virtudes morales cardinales, infusa en nuestras almas con la gracia santificante y las virtudes teologales; y que comúnmente se define por los teólogos: una perpetua y constante voluntad de dar a cada uno lo que por derecho le es debido. Y en esto se diferencia de las demás virtudes la justicia; pues mientras por las otras virtudes el hombre se perfecciona y se ordena solamente a sí mismo, en todas las cosas tocantes a su persona; en cambio, con la justicia, al dar a cada uno lo que por derecho le es debido, se perfecciona y se ordena a sí mismo aun en las cosas tocantes a los demás. Así lo enseña el Doctor Angélico (S. Th., 2.<sup>a</sup>-2ae, q. 57, a. 1. c.).

Ya Aristóteles señaló, en la virtud especial de la justicia, tres especies distintas: la justicia conmutativa, la distributiva y la legal. Pero es gloria del Cristianismo haber enseñado y promovido, además, otra especie de la virtud de la justicia, de suma importancia para la ordenación de la vida humana, por el reconocimiento y respeto de los mutuos derechos, y la observancia o cumplimiento de los mutuos deberes, entre las diversas clases de la sociedad humana. Y esta especie de la virtud de la justicia, enseñada siempre de una u otra forma por la Iglesia, quedó como consagrada por el gran Papa Pío XI, en su Encíclica *Quadragesimo anno*", con el nombre de *justicia social*.

De esta justicia social es de la que tratamos ahora; y de ella decimos, con los Papas modernos, que es enteramente necesaria en la vida humana, ya que el hombre es esencialmente social, y todos los hombres son miembros de la sociedad humana; en la que, por diversos y múltiples factores, hay varias clases sociales; pero en ellas, todos los hombres que las forman, han de participar justa y equitativamente de los bienes materiales, y también de los del espíritu, cuales son la cultura y el progreso científico y técnico; bienes que Dios ha querido sean para todos. Así, y tan sólo así, pueden todos los hombres, aun repartidos en clases sociales diferentes, vivir no en oposición y lucha, sino en concordia y paz, al ser respetados los mutuos derechos, y observados los mutuos deberes.

De estas clases sociales, y por lo que se refiere a la justicia social, sobresalen las de Patronos y Obreros; y todos saben que por el nombre genérico de Patronos se designan los dueños y los dirigentes de cualquiera empresa industrial, de un negocio comercial, de una explotación agrícola, y otras cosas semejantes; y que por el nombre común de Obreros

se denominan los que en una u otra forma trabajan para la producción de los correspondientes bienes o riquezas; y por lo mismo se les llama con el acertado apelativo de *productores*.

En la época moderna han surgido, para gran desgracia de la familia humana, y se han extendido pavorosamente por dilatadas zonas de la tierra, doctrinas e instituciones, que, como principalmente el Socialismo y el Comunismo, preconizan y promueven la lucha de clases y el uso de las armas de la violencia, en la guerra sin cuartel de los trabajadores de todo género contra los amos y dirigentes.

Pero es gloria eximia e inmarcesible de la Iglesia Católica haber hecho brillar, en medio de estas densísimas tinieblas, la luz de la verdad de Cristo, como solución única de las cuestiones sociales, por la enseñanza y promoción, cada vez más clara, precisa y orientadora, de la justicia social.

La voz de los Papas y de la Iglesia entera, desde León XIII hasta Pablo VI, es la respuesta y la solución de la Iglesia de Cristo, según el Evangelio, a los problemas sociales de hoy. Son las Encíclicas "Rerum novarum", de León XIII; "Quadragesimo anno", de Pío XI; "Mater et Magistra" y "Pacem in terris", de Juan XXIII; "Ecclesiam suam" y "Populorum progressio", de Pablo VI; la Constitución "Gaudium et Spes", del Concilio Vaticano II; y la Carta Apostólica de Pablo VI, "Octogesima adveniens".

Con el sugestivo título de "Ocho grandes mensajes", ha publicado estos magníficos documentos de paz social la Biblioteca de Autores Cristianos, en el volumen 2 de su "Serie menor".

A mano los tenemos; y en todos ellos podemos admirar, aprender y hacer nuestra la progresiva labor de la Iglesia para enseñar y promover la justicia social; su naturaleza y características; sus derivaciones, consecuencias y aplicaciones prácticas; todo como base firmísima y fundamento solidísimo para la solución pacífica de todos los problemas sociales.

Aduzcamos, por vía de ejemplo, algunas breves indicaciones, que hacen más a nuestro propósito, de dichos inmortales documentos, llenos de sabiduría y de prudencia cristiana, remitiéndonos a las páginas del pequeño volumen de la BAC, donde se puede ver su luminoso desarrollo.

a) La solución socialista no se ajusta a la justicia social; y por eso no resuelve el problema obrero (pág. 22).

b) En cambio, con el cumplimiento de los mutuos deberes que incluye la justicia social, para bien de todos, se soluciona la lucha de clases (pág. 30).

c) Y la observancia de estos mutuos deberes,

por parte de todos, es causa de prosperidad (pág. 38).

d) La justicia social debe regular todo el campo económico (pág. 163); y sus exigencias alcanzan a las relaciones internacionales (pág. 236).

e) "Para satisfacer las exigencias de la justicia y de la equidad, hay que hacer todos los esfuerzos posibles, en orden a que, dentro del respeto a los derechos de las personas y a las características de cada pueblo, desaparezcan, lo más rápidamente posible, las enormes diferencias económicas que existen hoy, y frecuentemente aumentan, vinculadas a discriminaciones individuales y sociales" (pág. 458).

Pero en las páginas de todos ellos alienta y se inculca que la paz es la obra propia de la justicia. Si, pues, la paz es necesaria para la vida humana, lo es también la justicia social, de donde la paz procede, como su resultado y su fruto.

He aquí cómo, entre otros pasajes, se expresa este gran pensamiento en la Constitución "Gaudium et Spes" del Concilio Vaticano II: "La paz no es una simple ausencia de la guerra, ni el resultado del sólo equilibrio de las fuerzas, o de una hegemonía despótica; sino que con toda exactitud y propiedad, la paz se llama "obra de la justicia". Es el fruto del orden plantado en la sociedad humana por su Divino Fundador" (n. 78, 1).

Realmente, no hay bienestar ni progreso en la sociedad humana, si no hay orden; el orden que establece la justicia. Y la paz es la tranquilidad en el orden, como la definió San Agustín.

## 2.º ADEMÁS DE LA JUSTICIA SOCIAL, UNA GRAN EFUSIÓN DE CARIDAD

Si la justicia social es como la base de roca inmovible, el sólido cimiento, y los recios muros y firmes pilastras del grandioso templo de la paz social, que es la doctrina social de la Iglesia; la techumbre del mismo soberano templo, con su bóveda y su torre es la caridad, una gran efusión de caridad.

Lo que tan inspiradamente y con tanta convicción propuso León XIII, al final de su Encíclica "Rerum novarum", como complemento necesario de la justicia social, para la acertada y plena solución de todos los problemas sociales; a saber, una gran efusión de caridad; y que muchos han olvidado o no han tenido en cuenta como era debido; no lo ha olvidado la Iglesia; lo ha tenido siempre muy en cuenta; lo ha reafirmado con insistente constancia. Y es admirable ver cómo en los posteriores documentos sociales de los Papas, y en el Concilio Vaticano II, se ha vuelto

a lo mismo y se ha ilustrado con autorizada doctrina.

No basta, no, para la verdadera paz social la práctica de la sola justicia social, nos dice la Constitución "Gaudium et Spes" del Concilio. e aquí sus palabras: "Esto no basta; esta paz en la tierra no se puede lograr si no se asegura el bien de las personas y la comunicación caritativa, entre los hombres, de sus riquezas de orden espiritual y material. Es absolutamente necesario el firme propósito del apasionado ejercicio de la fraternidad, en orden a construir la paz. Porque, en verdad, la paz es también fruto del amor de caridad, que sobrepasa la meta señalada por la justicia" (n. 78).

Y antes, en el n.º 26, 3: "El orden social hay que desarrollarlo a diario; hay que fundarlo en la verdad, edificarlo sobre la justicia, vivificarlo por la caridad".

Pero, enténdámoslo bien; la caridad debe ir unida a la justicia; más no para que se de como ayuda de caridad lo que ya se debe por razón de justicia; sino porque el orden social, que ha de construirse sobre la justicia, ha de ser vivificado y vitalizado por el amor de caridad, como acabamos de ver que nos dice el Concilio.

En el Cristianismo la caridad es el alma de todas las virtudes, en cuanto que sin la caridad no hay virtud perfecta. La misma virtud de la fe, raíz de nuestra vida sobrenatural, no es fe viva si no es vivificada por la caridad; es fe muerta, si no obra por la caridad.

Por eso, el Concilio Vaticano II enseña y recomienda frecuentemente, para la paz social, las dos virtudes, justicia y caridad; pero ésta como complemento necesario e insustituible de la primera; ya que la justicia es como el cuerpo, y la caridad el alma que le da vida.

El pensamiento del Concilio, eco resonante del de León XIII, se puede sintetizar en estas tres frases: "La justicia guía, la caridad acompaña" (G. et S., 69); "realizar la obra de la justicia, bajo la inspiración vivificante de la caridad" (ib., 72); "el amor de caridad hace que la justicia tenga una medida colmada y rebosante, según la palabra del Evangelio" (Cfr. Lc., 6, 58; G. et S., 78).

Ya lo había aseverado el Papa Juan XXIII, en su Encíclica "Mater et Magistra": "La doctrina social de la Iglesia tiene por luz la verdad, por fin la justicia, por impulso y fuerza primordial la caridad" (n.º 226). Y con parecidas palabras en la "Pacem in terris"; pues nos dice: "Un orden social, en perfecta armonía, debe estar basado en la verdad, en la justicia, en la libertad, y en el amor de caridad". Y antes, el Papa Pío XII, en su Mensaje al Katholikentag, en 1950: "El programa social de la Iglesia Católica se basa en tres

incomovibles pilares morales: verdad, justicia y caridad".

Pero es el Papa Pablo VI el que con más frecuencia y más de propósito ha ilustrado el gran pensamiento de León XIII, de que no basta la justicia para solucionar debidamente y por completo los problemas sociales; sino que, además, es necesaria una gran efusión de caridad. En su Alocución al Consejo Pontificio "Cor Unum", de 13 de enero de 1971, decía:

"Fundamentada la caridad en Cristo, constantemente reanimada y restaurada por la gracia, es espontánea, gratuita, gozosa de dar, desinteresada, silenciosa: "que tu mano izquierda ignore el don que hace tu mano derecha" (Mt., 6, 3). La caridad, inspirada por la fe, no se busca a sí misma, se muestra inagotable, no se limita al empleo de los recursos económicos, y libera de todo cálculo y de toda astucia la búsqueda del bien ajeno. En este sentido, la caridad precede en importancia a la justicia, y la completa. Y ésta es la hora de que hagamos su apología, como fermento que es de todo sistema social.

"Nunca las preocupaciones de orden económico, las que son de sola justicia, podrán satisfacer los grandes deseos y las graves necesidades de los hombres de nuestra época. Es preciso el amor de caridad al hombre; y esto, porque le reconoce como hermano suyo, como hijo de un mismo Padre. Y el cristiano añade: como la imagen de Cristo pobre, necesitado, doliente; cuya palabra conmueve al cristiano en lo más íntimo de su corazón: "Tuve hambre, y me disteis de comer..." (Mt., 25, 35).

Y el mismo Pablo VI, en su Alocución al "Movimiento católico de Trabajadores alemanes", 30 de abril de 1971: "Debemos, pues, estar convencidos de que la justicia y la caridad, anunciadas en el Evangelio, pueden actuar y promover el verdadero progreso social, el equilibrio económico, el orden y la paz en la agitada humanidad de hoy. No se libera ni se promueve la condición del trabajador con frases huecas, con agitaciones de masa, con promesas falaces; sino con la afirmación del trabajo, con la mirada dirigida a Dios, y con la segura fe en las realidades supremas".

Terminemos. — Los conceptos mismos de justicia y caridad nos demuestran clara y convincentemente que en las relaciones humanas, y mucho más en las mutuas relaciones de las distintas clases sociales, no basta la justicia para que haya orden, bienestar y paz; es, además, necesaria la caridad.

En efecto; por la virtud de la justicia consideramos a nuestros prójimos, como seres racionales diferentes de nosotros mismos; como ajenos a nosotros;



como personas que, por decirlo así, tienen, frente a nosotros, sus propios derechos, que hemos de reconocer y respetar, cumpliendo los deberes que por nuestra parte corresponden a los derechos de ellos; empero por la virtud de la caridad consideramos a los prójimos como cosa nuestra, como unidos a nosotros, y en cuanto unidos a nosotros, por los lazos unitivos de la fraternidad humana, y más todavía por los de la fraternidad cristiana. Por la caridad miro al prójimo, no como *otro* hombre, *distinto* de mí; sino como hermano mío, unido conmigo.

Y esta unión es más íntima entre cristianos, al ser todos, mis prójimos y yo, miembros del único Cuerpo, el Cuerpo Místico de Cristo, en el que Él es la Cabeza, y nosotros sus miembros. Y así, por la virtud de la caridad hemos de mirar a los cristianos todos como miembros del Cuerpo al que pertenecemos; y por lo mismo, unidísimos con nosotros, *un ser* todos en Cristo. "Vos autem estis Corpus Christi"; y vosotros sois

el Cuerpo de Cristo (1 Cor., 13, 27); Y aun a los no cristianos, les hemos de mirar como llamados a ser, con nosotros, Cuerpo de Cristo, miembros todos de Él.

Y bien se ve que si tenemos en cuenta esta verdadera e íntima *unión* de nuestros prójimos con nosotros mismos, como miembros de un mismo Cuerpo; y recordamos la doctrina de San Pablo, en la que con tanta propiedad nos hace ver lo que hemos de ser mutuamente los varios miembros de este único Cuerpo de Cristo, por comparación con lo que sucede en los distintos miembros de nuestro organismo corporal humano, (Cfr. 1 Cor., 12, 12-26); nos persuadiremos con plena certeza de que las consecuencias y exigencias de la caridad, por razón de esta unión, son mayores, mucho mayores que las de la justicia; y que, por consiguiente, en las relaciones y problemas sociales, lo que en último término las hace completas, perfectas y auténticamente cristianas es una gran efusión de caridad.

ROBERTO CAYUELA, S. J.



El Papa León XIII.

# EL «CATECISMO»\*

El Catecismo lo aprendí con tanta perfección que lo recitaba siempre que quería del principio al fin sin ningún error. Otros tres niños también lo aprendieron como yo lo había aprendido, y el señor maestro nos presentó al señor cura párroco, que lo era entonces el Dr. José Amigó, y este señor nos hizo decorar todo el catecismo entre los cuatro en dos domingos seguidos. Lo hicimos sin ningún error a la presencia del pueblo en la iglesia por la tarde, y en premio nos dio una hermosa estampa a cada uno, que siempre guardamos.

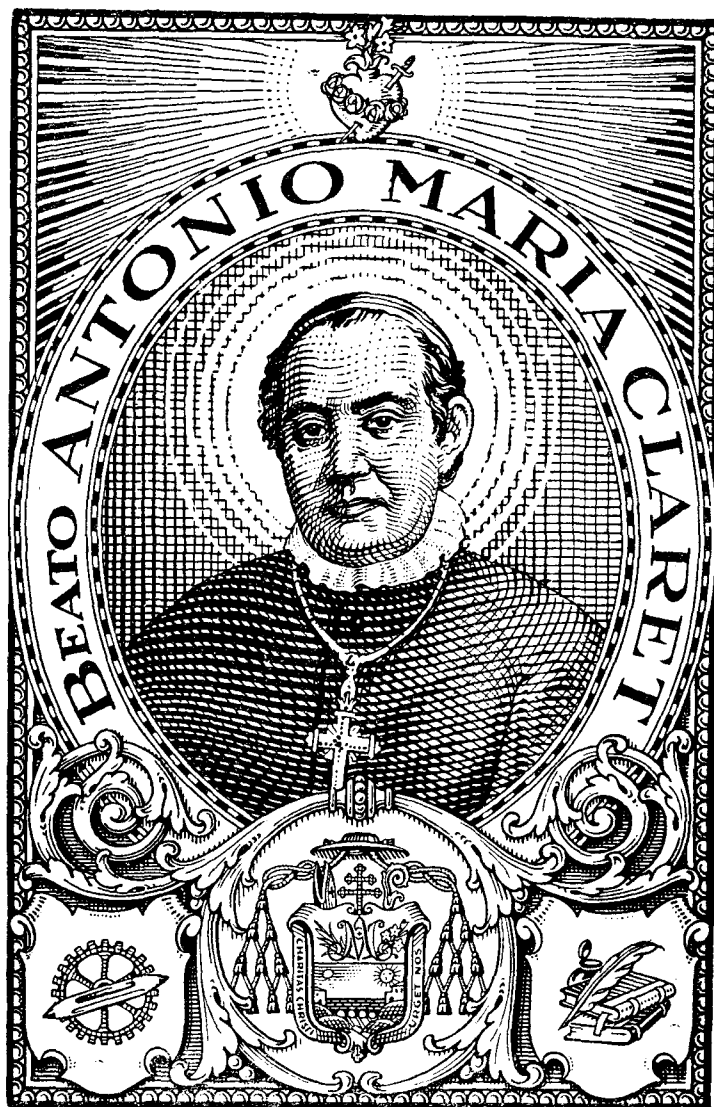
Cuando supe el Catecismo me hizo leer el *Pintón, Compendio de Historia Sagrada*<sup>1</sup> y tanto lo que leía como lo que él nos explicaba, me quedaba tan impreso en la memoria, que después yo lo contaba y refería von mucha gracia sin confundirme ni perturbarme.

Además del maestro de primeras letras, que era muy bueno, como he dicho, y por cierto no es pequeño beneficio del cielo, tuve también muy buenos padres, que de consumo con el maestro trabajaban en formar mi entendimiento con la enseñanza de la verdad, y cultivaban mi corazón con la práctica de la Religión y de todas las virtudes. Mi padre todos los días, después de haber comido, comíamos a las doce y cuarto, me hacía leer un libro espiritual, y por las noches nos quedábamos un rato de sobremesa y siempre nos contaba alguna cosa de edificación e instrucción al mismo tiempo, hasta que era la hora de ir a descansar.

Todo lo que se referían y explicaban mis padres y mi maestro lo entendía perfectamente, no obstante de ser muy niño; lo que no entendía era el diálogo del Catecismo, que lo recitaba muy bien, como he dicho, pero como el papagayo. Sin embargo, conozco ahora lo bueno que es saberlo bien de memoria, pues después con el tiempo, sin saber como ni de que manera, sin dablar de aquellas materias, me venía a la imaginación y caía en la cuenta de aquellas grandes verdades que yo decía y recitaba sin entenderlas, y me decía: ¡Hola! ¡Esto quiere decir esto y esto! Vaya que tonto eras, que no lo entendías. A la manera que

los botones de las rosas que con el tiempo se abren, y si no hay botones, no puede haber rosas, así son las verdades de la Religión. Si no hay instrucción de Catecismo, hay una ignorancia completa en materias de Religión, aún en aquellos hombres que pasan por sabios ¡Oh cuánto me ha servido a mí la instrucción del Catecismo y los consejos y avisos de mis padres y maestro!

Cuando después me hallaba solo en la ciudad de



\* Fragmento de la autobiografía del Beato (otrora Santo) San Antonio María Claret.

Barcelona, al ver p oír cosas malas recordaba y me decía: *Esto es malo, debes huirlo; más bien debes dar crédito a Dios, a tus padres y a tus maestros que a esos infelices que no saben lo que se hacen ni lo que se dicen.*

(...)

*El Catecismo de los niños.* La primera cosa que procuraba era la instrucción de los niños en la Doctrina cristiana, ya por afición que siempre he tenido a esta clase de enseñanza, ya también porque conocía que es lo más principal, por eso el Catecismo es el fundamento de este edificio de la instrucción religiosa y moral. Además los niños lo aprenden fácilmente, se les queda más impreso, se les preserva del error, del vicio y de la ignorancia y se les forma en la virtud muy fácilmente, por ser más dóciles que los adultos. En los niños sólo hay el trabajo de plantar, y en los

adultos de arrancar y de plantar. Hay además otra ventaja, que con los niños se conquistan los grandes, y con los hijos a los padres. Además, dándoles en premio de su asistencia y aplicación alguna estampita, los padres y los adultos las leen en casa por curiosidad, y no pocas veces se convierten, como lo se por experiencia.

(...)

El Catecismo a los mayores es el medio que he conocido hacia más fruto. Con él se les sacaba de la ignorancia, que es mayor de lo que se puede figurar, aún aún entre aquellas personas que oyen sermones con frecuencia, porque los predicadores suponen el auditorio instruido, y cabalmente esta instrucción es la que falta por lo común entre los católicos. Y además se les instruye en sus respectivas obligaciones y en el modo de cumplirlas.

## EL APOSTOLADO DE LA ORACION

(...)

Me vino últimamente un pensamiento que necesito comunicarte. Pensaba un día en lo que podría hacer para salvar las almas; un pasaje del Evangelio me dio una viva luz: en aquel tiempo Jesús decía a sus discípulos, mostrándoles los campos llenos de mieses maduras:

“Levantad los ojos y ved como los campos están ya lo bastante blancos para ser segados” y un poco más abajo: “En verdad, la mies es abundante, pero los obreros son pocos. Pedid, pues, al dueño de la mies que envíe obreros”.

¡Qué misterio! ¿No es Jesús omnipotente? ¿No son las criaturas de quien las ha hecho? ¿Por qué, pues, dice Jesús: “Rogad al dueño de la mies que envíe obreros...”? ¿Por qué? ¡Ah! Es que Jesús siente por nosotras un amor tan incomprensible que quiere que tengamos parte con Él en la salvación de las almas. No quiere hacer nada sin nosotras. El Creador del universo espera las oraciones de una pobrecita alma para salvar a las demás almas, redimidas, como ella, al precio de toda su sangre.

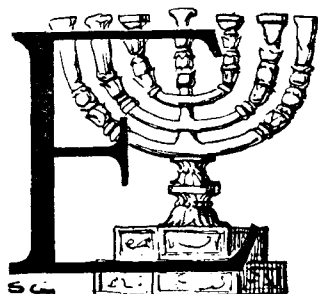
Nuestra vocación no es ir a segar en los campos de las mieses maduras. Jesús no nos dice: “Bajad los ojos, mirad los campos e id a segar”. Nuestra misión es más sublime aún. He aquí las palabras de Jesús: “Levantad los ojos y ved... Ved como en mi cielo hay sitios vacíos; os toca a vosotros llenarlos... Vosotras sois mis Moisés orando sobre la montaña. No espero más que una oración, un supiro de vuestro corazón”.

“El apostolado de la oración ¿no es por decirlo así más elevado que el de la palabra?”

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS  
(Carta a su hermana Celina)

# ¿SE REEDIFICARA EL TEMPLO EN NUESTROS DIAS?

Reproducimos de "Noticias Cristianas de Israel", revista que publica el Ministerio de Asuntos Religiosos de Israel, el artículo que sigue. Su autor es el Rabí Mordechai HaCohen, especialista en temas de rabinismo, en historia judía y en especial en todo lo relacionado con los Lugares Santos de la religión hebrea. El interés con que, desde la perspectiva del Israel del espíritu, hemos mirado siempre todo lo relacionado con el Israel de la carne, nos exime de justificar, una vez más la inclusión de artículos sobre este tema en nuestra revista. En cambio, no parece superfluo recordar las especiales características del Estado judío, laico-teocrático, con un porcentaje muy elevado de no creyentes en la Ley mosaica, al tiempo que practica una política de misteriosa dependencia respecto de esta misma Ley. Nótese, por tanto, que las opiniones aportadas por Mordechai HaCohen sobre la reedificación del Templo excluyen las de los no creyentes y aún entre las de éstos hay alguna que es marcadamente "racionalista".



En la guerra de los Seis Días la toma de la Ciudad Vieja de Jerusalén por las Fuerzas de Defensa Israelíes fue un acontecimiento de gran trascendencia para los judíos del mundo entero. Fue la realización de un sueño milenario, la restitución del terreno donde se había alzado el Segundo Templo a la jurisdicción de un Estado Judío soberano. Desde el año 70 d.C., los judíos habían pedido constantemente tornar a Jerusalén y reconstruir sus ruinas. Por fin, la liberación de 1967 les proporcionaba la oportunidad. Pero, al mismo tiempo, se suscitaba una tremenda cuestión: ¿se reedificará el Templo? Para poder responder a ella es preciso comprender el rango que ocupa el Templo en la tradición judía y examinar la tradición halájica —esto es, de las leyes judías— sobre su reconstrucción.

El Monte del Templo de Jerusalén ha sido siempre el más sagrado de los lugares santos de la judeidad. Su santidad, intrínseca y eterna, le fue otorgada por Dios en la creación. Quiere la tradición que ahí sea donde Caín y Abel presentaran sus ofrendas, donde Noé diera gracias a Dios por su salvación, don-

de Abrahán se dispusiera a sacrificar a Isaac. El Templo, erigido como estaba sobre el lugar escogido por Dios, fue considerado por la nación judía como su más preciado galardón, su vena más íntima. Dos veces por día ofrecían los *kohanim* (sacerdotes), representantes del pueblo ante Dios, sacrificios en nombre de Israel y por todas las naciones del mundo. Tres veces al año, por las fiestas de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos, se reunían los judíos para subir en peregrinaje al sagrado lugar y recibir el espiritual empuje de su santidad. Los profetas se inspiraban en el Templo, y muchos fueron los que junto a él pronunciaron sus profecías. El Sanedrín (Tribunal Supremo) estaba en sesión permanente en la "Oficina de Gazit", en el atrio del Templo, interpretando la Torá para todos los israelitas.

Pero todo tocó a su fin con la destrucción del Templo por los romanos y la subsiguiente dispersión de tantos judíos. Sin embargo, en la diáspora el Templo no fue jamás olvidado. Ni por un momento abandonaron los judíos, doquiera se encontrasen, la esperanza y la plegaria por su reconstrucción y por la renovación de la sagrada liturgia. Ello se transparenta en muchos aspectos de la vida judía. Un ejemplo notable: la formulación de ciertas plegarias judías reemplazó los sacrificios del Templo. El orden de los servicios diarios de oración representa una revalida-

ción del culto sacrificial de la época del Templo, y hay oraciones especiales de los días festivos que corresponden a determinados sacrificios que se ofrecían en varias circunstancias. El texto de las plegarias, particularmente los sábados y fiestas, refleja el apasionado deseo de los judíos por el restablecimiento del Templo. En la función religiosa adicional —el Musaf— para las festividades, se implora a Dios con estas palabras:

“Reedifica tu casa como en un principio, y restablece tu santuario en su sitio, muéstranos su reconstrucción y alégranos con su restauración.”

Se dan todavía otras manifestaciones de súplica en el ritual judío. Los judíos oran volviendo sus rostros hacia Jerusalén y el Santo de los Santos. En cada sinagoga hay diversas partes que se designan con los nombres de las correspondientes partes del Templo. Las dependencias y el mueblaje sinagogales son parecidos a los que se empleaban en el Templo: el *Arón Haqodesh* (Arca Santa), receptáculo de los rollos de la Torá; la *Parójet*, o cortina decorativa, que cuelga sobre el Arca como lo hacía la *Kapóret* en el Santuario; *Ner Tamid* —luz perpetua— colocado junto al Arca como lo estaba en el Templo la *Menorá* o candelabro.

Entre las costumbres judías abundan los recuerdos de la destrucción del Templo. En cada hogar se deja una pequeña parte sin pintar, las mujeres no deben llevar puestas todas sus alhajas a la vez, el ceremonial de la boda incluye generalmente un gesto de luto, que consiste habitualmente en el rompimiento de un vaso por parte del novio bajo el baldaquino. Cada año se observan cuatro días de ayuno: el más importante, el día 9 de mes de Av, va precedido de un conjuro de veinte días a modo de lamentación. Hasta el día de hoy, es de rigor que cada noche, excepto los sábados, algunos grupos de judíos lamenten la calamidad.

Fácilmente se comprende, por tanto, la intensidad y la magnitud de la emoción que se apoderó del mundo judío cuando el Monte del Templo, hecho de nuevo accesible, se encontró una vez más entre las piadosas manos judías. Pero el lugar no fue destinado a ser el recinto de un Tercer Templo. A excepción del Muro Occidental, el Gran Rabinato lo declaró inaccesible para cualquier judío.

Este entredicho se basaba en la extrema reverencia por el Monte. Únicamente podían entrar en el Templo los judíos que estuviesen libres de cualquier impureza, y en la Biblia se dan largas y detalladas instrucciones sobre la purificación. Hoy día, las exactas leyes de la contaminación ritual no tienen ya

ninguna aplicación práctica, puesto que se considera que todos están ritualmente manchados. Hasta aquí, en cuanto a la entrada en el recinto.

Con respecto a la reedificación del Templo y la reanudación de los sacrificios, el Gran Rabinato ha decidido prohibir que se emprendiese cualquier intento en tal sentido, apoyándose en que la literatura halájica no ofrece ninguna respuesta inequívoca a tales cuestiones. De hecho, entre los halajistas pueden distinguirse siete apreciaciones diferentes.

La primera es la del “Templo de Fuego”, a saber, que los hombres mortales no pueden reedificar el Templo. Las fuentes talmúdicas declaran que en un momento determinado del futuro, Dios enviará desde el cielo un Templo de Fuego perfecto, poniendo por obra lo que reza el versículo “el Santuario, oh Señor, que establecieron tus manos”. Esta idea, a la que se alude en muchas de las oraciones, se basa en la creencia de que los Santuarios primero y segundo fueron destruidos porque estaban hechos por la mano del hombre, y no eran, por lo tanto, eternos. El Templo construido por Dios mismo durará por siempre jamás.

Un segundo punto de vista, bien fundamentado también en las fuentes, sostiene que el Mesías reconstruirá milagrosamente el Templo. Con su advenimiento, serán transmutadas las leyes de la naturaleza y reinará una paz universal, tal como está escrito:

“El lobo habitará con el cordero, la pantera se tenderá con el cabrito, el novillo y el cachorro parecerán juntos; un niño los conducirá...” (Isaías XI, 6 ss).

El Mesías figura asimismo de modo prominente en la tercera opinión, la de Maimónides, que en su *Código de la Ley* escribe:

“El Mesías, el rey, está destinado a reinar y a renovar el reino de David como en los días de antaño, a construir el Templo y a reunir a los dispersos de Israel”.

Pero Maimónides, al referirse al Mesías, piensa en un rey de Israel que no vendrá milagrosamente, sino que se dará a conocer por su competencia en la Ley y su devoción por ella —lo cual hará de él un Mesías en potencia—, y gracias a su éxito en la reconstrucción del Templo en el lugar donde se encontraba originariamente, y a la reunión de los desterrados.

Una opinión casi paralela a la precedente pretende que los sacrificios deben renovarse, y que con ello se apresurará la venida del Mesías. Pero los líderes judíos se han opuesto tradicionalmente a ella por

imprudente. En todo caso, tampoco es factible, habiendo entredicho el edicto rabínico el acceso al Monte del Templo.

Algo parecido a las del “advenimiento mesiánico” es la quinta teoría, según la cual el Templo será reedificado por una profeta de Dios. Sus adherentes mantienen la idea de que la ley judía no permite su reconstrucción ni la reanudación de los sacrificios a menos que se promulguen y obedezcan ciertas prescripciones proféticas explícitas; pues los criterios que se precisan para emprender tales obras serán conocidos tan solamente por medio de la inspiración divina, y ésta se confiere a los profetas. Así escribió Rabí Kook, el que fue gran rabino de Israel una generación atrás, en su libro *Mishpat ha-Cohén* (Leyes del Sacerdote):

“Las regulaciones pertinentes a la reedificación del Templo y el Altar dependen de la profecía y de la inspiración divina”.

Otros factores determinantes son, según este punto de vista, que antes de que pueda reconstruirse el Templo debe existir una paz constante y que la mayor parte del pueblo judío debe vivir permanentemente en Israel, dos condiciones que todavía no están próximas a ser realidades.

Forman clara minoría los adherentes a la sexta escuela de pensamiento, los cuales urgen la reconstrucción del Templo y la reanudación de los sacrificios en el próximo futuro, antes de la venida del Mesías. A su parecer, un atento estudio del material suministrado por las fuentes halájicas e históricas revelará el modo cómo debe llevarse a cabo esa monumental empresa. Con el mismo ritmo de progresión con que se debe realizar la redención de Israel, se llevará también a efecto la reconstrucción del Templo. El proceso, según ellos, requiere cuatro estadios. En el primero se ofrece un sacrificio en el lugar donde se hallaba el Altar, una vez que se haya determinado su emplazamiento con el más severo escrutinio. En el

siguiente, se reedificará el Templo de acuerdo con lo que se especifica en el libro de Ezequiel y las interpretaciones talmúdicas. Entonces aparecerá el Mesías, quien corregirá la estructura, y dará instrucciones sobre el ofrecimiento de los sacrificios. Y finalmente, el Todopoderoso hará descender un Templo celestial de fuego, que se levantará dentro del Templo construido por mano de hombres. Todas las leyes de la naturaleza serán transformadas, todas las criaturas encontrarán su perfección y su plena realización.

La última de las opiniones contiene elementos ya incluidos en otras. Sus promotores creen que deberían organizarse servicios de oración en el recinto del Templo. Sostienen que todo el mundo está de acuerdo en que ciertas secciones del Monte del Templo pueden ser visitadas de acuerdo con la *Halajá*. Además, aducen precedentes históricos. Entre los años 630 y 1080, los judíos celebraron regularmente sus funciones religiosas en una sinagoga que estaba erigida dentro del recinto del Templo. Asimismo, durante un determinado período, se confió a los judíos la vigilancia de los edificios que se encontraban sobre el Monte del Templo (véase Dr. B. Dinier, *A House of Prayer*, y “Study on the Temple Mount During the Arab Era”, *Zion*, vol. 3, pp. 54-67; también Dr. S. Schwab, “After the Conquest of Jerusalem by Omar”, *ibid.* vol. 20, pp. 91-116 *et al.*). Se abriga pues la esperanza de que el culto en este sagrado lugar conduciría a una mayor paz mundial y proclamaría la redención de Israel y de toda la humanidad, tal como fue profetizada por Isaías (LVI, 7).

Como vemos, hay cantidad de pareceres. Pero una cosa queda fuera de duda. Que por más que haya judíos que favorezcan la inmediata reedificación del Templo y la reanudación de los sacrificios, no se dan probabilidades de que se emprenda una acción judía en tal sentido en un porvenir previsible.

**Porque no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio —para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos—: que el endurecimiento ha acaecido en parte a Israel, hasta que haya entrado la plenitud de las naciones; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: “vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad” (Isaías, 59, 20). “Y éste será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados” (Jeremías, 31, 31-34).**

(Carta de S. Pablo a los Romanos, 11, 25-27.)

# AMARAS A TU PROJIMO

SEVERIANO DEL PÁRAMO, S. I.

“Maestro, ¿cuál es el mandamiento grande de la Ley? Díjole Jesús: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente. Este es el mayor y principal mandamiento. Más el segundo es *semejante* a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se condensa toda la Ley y los Profetas” (Mt. 22, 36-40; cf. Mc. 12, 29-31; Lc. 10, 25-27).

Del precepto del amor al prójimo da Jesús mismo en el Evangelio tres formulaciones graduales: 1. Amar al prójimo como a sí mismo (Mt. 22,39; Mc. 12,30; Lc. 10,27); es la formulación del precepto de la Ley natural que Jesús confirma y corrobora.

2. Amar al prójimo como a Cristo, o mejor, amar a Cristo mismo en el prójimo (Mt. 25, 40-45; Act. 9, 4-5); al tener a Cristo como objeto formal e intencional del amor, estamos ya en un amor al prójimo exclusivamente *cristiano*.

3. Amar al prójimo como Cristo; la formulación más perfecta, de la que el mismo Jesús dice: “Un precepto *nuevo* os doy: que os améis unos a otros como yo os he amado” (Juan 13, 34-35; 15,12). Su cumplimiento es la suma perfección de la caridad cristiana.

\* \* \*

Es precepto de ley natural, de hecho conocido e inculcado por todas las religiones, tanto primitivas como evolucionadas históricas, hasta el punto de que en Historia de las Religiones se le llama la Regla de Oro, en sus dos formas, negativa —“no hagas a otros lo que no quieras te hagan a ti”—, y positiva —“haz a otros lo que quisieras que te hicieran a ti”—. Y prácticamente en todas ellas se vincula este precepto a la voluntad divina, que así lo quiere y exige de los hombres.

El “como a ti mismo” evangélico se puede interpretar como comparación —“ama a tu prójimo de modo semejante a como te amas a ti mismo”—, o bien como identidad —“ama a tu prójimo porque él es tú mismo”—. Es este segundo significado el que parece más probable, sin que por ello quite la individualidad, cual sucede en el matrimonio, según la enseñanza de San Pablo: “Los varones deben amar a sus mujeres como a sus cuerpos; el que ama a su esposa *se ama a sí mismo*... Cada uno de vosotros ame a su esposa como a sí mismo” (Efes. 5, 28-33); identidad que se expresa también en la fórmula de Jesús: “Así pues, ya no son dos, sino una misma carne” (Mt. 19,6; cf. Efes. 5,31).

El fundamento de esa identidad — que no destruye

la individualidad —, y por lo mismo fundamento también del precepto natural de la caridad, es el mismo Dios, creador de todo, que hace la unidad de la obra creada, compaginándola entre sí como si todos fueran miembros interdependientes de un mismo Cuerpo — aspecto que se perfecciona en el amor cristiano al convertirse ese Cuerpo en Cuerpo místico de Cristo —. La creatura sólo puede hacerse así bien a sí misma en cuanto actúa las otras, haciendo el bien a las otras; y haciéndolo así perfecciona la obra divina, manifiesta más a Dios, da gloria a Dios.

No hay en la creación mónadas aisladas; las mismas partículas materiales nada pueden hacer sino obrando sobre otras, y en ese hacer u obrar se desarrolla la perfección de su ser.

Y esto vale especialmente del hombre, cima de la creación visible. Como en el cuerpo humano, cada órgano y cada miembro sólo se robustece y adquiere salud en cuanto sirve a los demás, y enferma en cuanto se guarda algo para sí mismo o se centra en su egoísmo no queriendo buscar desinteresadamente el bien de los demás órganos y miembros, así el hombre individuo no puede aprovecharse nada a sí mismo si no es indirectamente, en cuanto busca y procura el bien de los demás.

Así aparece claro en la sentencia del Juicio final (Mt. 25, 34-46): cuantos se salvan, se salvan por el bien que han hecho a los demás; cuantos se condenan, se condenan por no haber hecho bien a los demás. Más el que se condena pierde tanto todo bien sobrenatural como todo bien *natural*, fracasando en todo orden como creatura. Síguese, pues, que ningún bien, ni aun natural, puede el hombre alcanzar, sino indirectamente, en cuanto hace bien a otros, en cuanto ama de verdad a los demás.

Si a veces parece que sacamos algún bien natural de nuestra actitud egoísta, es mera apariencia e ilusión, debido a la falta de perspectiva real de la presente vida. El que come un veneno sabroso, *parece* — y así lo cree él —, que le aprovecha; pero no le aprovecha para su bien natural, antes, por contrario, le acarrea la muerte.

Esta interdependencia de los seres, derivada de la acción creadora unitaria de Dios, es el fundamento natural de la caridad. Y ésta se nos hará mucho más fácil si sabemos y sentimos que ningún bien podemos hacer, si no es indirectamente, haciéndolo a los demás. Y ese amor *es semejante* (Mt. 12,31) al amor a Dios, tanto porque es amar a Dios en cuanto presente en y a las creaturas, cuanto porque, al ser conformación libre con el orden establecido por Dios, es sometimiento a su voluntad divina, cumplimiento de ella.

Si uno inculpablemente ignora a Cristo, este amor basta para salvarle: al conformarse con el orden por Dios establecido en la creación y perfeccionar su obra, perfecciona y hace bien, aun sin saberlo al mismo Cristo, cabeza y fin de esa creación, ya que el misterio de la voluntad divina y su decreto eterno es "hacer a Cristo de Cabeza de todas las cosas, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra" (Efes. 1,10).

Pero hay que conocer en algún modo a Dios, amar al prójimo por Él. Es lo que han hecho todas las religiones. Más si se olvida a Dios y se prescinde de Él, o lo que es peor, positivamente se le niega, el amor al prójimo se vuelve imposible por desaparecer su fundamento, la interdependencia que proviene de la acción creadora de Dios.

O bien se mantiene esa interdependencia, pero basada en una identidad de los seres que ya no proviene de la acción creadora de Dios, y entonces se cae en el panteísmo. En éste, es posible una apariencia de amor; pero sólo apariencia, que esconde un profundo y realísimo egoísmo: el panteísta, en el fondo, se cree a sí mismo Dios, y a todo lo demás como instrumento o medio de su propio desarrollo: hará bien a los demás en cuanto crea conviene a su propio bien; dejará de hacerles bien en la medida que a su propio bien crea no conviene; es decir, no tendrá nunca amor, sino egoísmo.

El cristiano en esto no puede tener duda alguna, y es por lo mismo verdaderamente maravilloso cómo tantos se dejan hoy engañar; verdaderamente inexplicable, si no supiéramos que el demonio está actuando para seducirles.

La Iglesia no ha admitido nunca la existencia de ateos de buena voluntad. Ateniéndonos tan sólo a los Documentos recientes, recordemos la cuarta fórmula del Canon: "Y cuando por desobediencia (el hombre) perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todo, para que *te encuentre el que te busca*". Así pues, todo el que busca a Dios lo encuentra, es decir, acaba creyendo en Él. Y esta búsqueda es absolutamente necesaria para la salvación: el que no lo busca se condena; y como nadie se puede condenar sino por su mala voluntad, el ateo positivo, mientras permanezca tal, es indudablemente de mala voluntad.

La necesidad de esa búsqueda sincera para salvarse la establece el Credo del Pueblo de Dios de Paulo VI: "Creemos que la Iglesia es necesaria para salvarse... Pero el designio divino de salvación abarca a todos los hombres; y los que sin culpa por su parte ignoran el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero *buscan a Dios con sinceridad* y, bajo el influjo de la gracia, se esfuerzan por cumplir su voluntad conocida mediante la voz de la conciencia, éstos, cuyo número sólo Dios conoce, pueden obtener la salvación". Así, los que buscan a Dios con sincero corazón pueden obtener la salvación (no los demás); por otra parte, según el Canon, lo encuentra el que lo busca. Luego, quien no ha encontrado

a Dios es porque no lo ha buscado con sincero corazón, y no puede salvarse, se condena por su culpa y mala voluntad.

Esa mala voluntad y consiguiente condenación, afecta también a todos aquellos que, habiendo recibido suficientemente la predicación del Evangelio —y cuándo esta recepción haya sido suficiente Dios lo sabe—, lo rechazan, y no admiten la Iglesia instituida por Cristo, aunque crean en Dios: "Yendo por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda creatura; el que creyere y se bautizare, se salvará; más el que no creyere se condenará" (Mc., 16, 16); "Si Yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; más ahora no tienen excusa alguna de su pecado" (Juan 15, 22).

Respecto a la falacia y engaño del amor ateo, o incluso del amor de aquellos que, confesándose cristianos, propugnan un amor filantrópico que prescinde de Cristo como su fundamento —cual nos tiene ya bastante acostumbrados la Institución de Cáritas—, baste recordar las palabras de Cristo, cuando se presenta a sí mismo como buen Pastor: "El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube a él por otra parte, ese es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, es pastor de las ovejas. En verdad, en verdad os digo, que Yo soy la Puerta de las ovejas... El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir. Yo vine para que tengan vida, y la tengan más abundante" (Juan 10, 1.7.10).

Así, el que viene a nosotros ofreciéndonos amor, pero sin pasar por Cristo, sin venir en su nombre, prescindiendo de Él, ya sabemos por Jesús, que es falso pastor, que no busca nuestro bien, no nos ama, sino que intenta nuestra destrucción y nuestra ruina. Si uno se dejara, pese a todo, engañar, no eche la culpa a nadie sino a sí mismo, que ha negado fe a las palabras de Cristo por seguir las palabras de los hombres enemigos de Cristo y del mismo hombre. Y lo mismo vale de quienes, no conociendo explícitamente a Cristo, por no haberles sido suficientemente predicado, nos ofrezcan amor al margen de Dios, al que conocerían si tuvieran buena voluntad y amor sincera. Por eso pudo decir San Pablo: "El que amó al prójimo, cumplió la Ley" (Rom. 13, 18), porque siendo imposible el verdadero amor al prójimo sin el amor a Dios, del que deriva, quien ama al prójimo es porque ama a Dios, y así reúne en su corazón los dos amores, en los que Jesús condesó toda la Ley y los Profetas.

Es, pues, claro, según la fe, que el amor al prójimo en cuanto lo expresa el precepto natural de esta primera formulación, ni se da, ni se puede dar sin Dios, tanto si uno es simplemente ateo, como si —lo que es peor, por suponer aún más orgullo— es panteísta; el panteísta es falso profeta, es salteador del rebaño, que disfraza su egoísmo radical con el nombre engañoso de amor, basado en una identidad universal de la cual él se siente el centro y el compendio.



# DIMENSION TEOLOGAL DEL SUFRIMIENTO CRISTIANO

FRAY ANTONIO DE LUGO, O. S. H.

El sufrimiento en sus múltiples manifestaciones, es patrimonio de la Humanidad, herida por el pecado. Al hombre de todos los tiempos le ha preocupado el problema del dolor, y no han faltado en el correr de los siglos, beneméritos en el amor y servicio de sus hermanos, totalmente entregados a la empresa de liberar o al menos aliviar el peso del dolor, que, de un modo o de otro, todos compartimos; en efecto, el sufrir, es común tara de los mortales, y no es posible encontrar persona alguna, que se pueda sustraer a su dominio. Sin embargo, el dolor, tiene unas zonas luminosas, que nos permiten descubrir perspectivas consoladoras, que hacen del sufrimiento el auténtico instrumento, de santificación para el que sufre, y que se convierte también en eficaz medio de apostolado. No cabe duda que, el dolor cristiano, aceptado por amor, llevado con elegancia, es una fuente de energía espiritual, y tiene un sentido redentor y santificador.

Todos huimos del dolor, como por instinto, y es muy razonable. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios; hay en nosotros una apetencia de felicidad, que sólo será plenamente saciada en la eterna posesión de Dios. En nuestro paso por la vida, todo lleva el sello de lo transitorio, de lo limitado; vamos en peregrinación hacia la Patria, que es el Cielo, y la peregrinación, con frecuencia se hace penosa. Dios quiere que seamos felices, no sólo en el Cielo, eternamente, sino también, aquí abajo, mientras caminamos hacia Él; lo acertado es, encontrar donde radica la verdadera felicidad, y trabajar por alcanzarla. A veces encontramos hombres, amigos nuestros, familiares o simplemente compañeros, de quienes nos consta que son portadores de una cruz, bien pesada; parece que el infortunio les ha salido al encuentro con abrumadora insistencia, y sin embargo, sabemos que son felices, tanto, cuanto cabe serlo en este valle de lágrimas. El secreto consiste en que, a través del dolor, saben descubrir la Mano paternal de Aquél, que hiere para sanar. La fe, viva por la caridad, no libra al hombre del peso del padecer; tampoco la fe, es un narcótico que adormece la

sensibilidad para no sentir el dolor. La ciencia y la experiencia enseñan que no es así. El hombre de fe viva, sufre ciertamente, como sufre el incrédulo, pero aquél se eleva sobre su dolor, lo supera, por motivos sobrenaturales, es decir, por amor de Dios, que ha querido usar del sufrimiento como de un instrumento, para la Redención del hombre. Hay en el sufrimiento una doble dimensión, una humana, natural, que nos lo presenta en toda su crudeza, sin paliativos; otra espiritual, casi divina, en que aparece, encarnado en Dios, hecho Hombre, Varón de dolores, como le llamó el Profeta (Is. 53-3).

Sabemos por la fe, que Jesucristo, es Dios y es Hombre; en Él sólo hay una Persona, que es divina, la Segunda de la Trinidad Santísima, y en esa Persona, subsistan, ambas naturalezas, perfectamente distintas, la humana y la divina. Al asumir la naturaleza humana, Jesús, asumió cuanto es propio del hombre, excepto el pecado. Es "perfectus homo" (Símbolo de S. Atanasio), que, como nosotros, ha sabido de fatigas y cansancio; de dolores físicos y morales; de incomprensiones e ingratitudes; de éxitos y fracasos. Cristo vino para salvar al hombre, y revestido de nuestra carne, ha querido llevar a cabo la Obra redentora, con dolor, sellando la nueva Alianza, con su Sangre, derramada en la Cruz. Desde el momento de la Encarnación del Hijo de Dios, el sufrimiento adquiere un atractivo nuevo, no por sí mismo, sino porque ayuda mejor a participar en sus padecimientos, y así conseguir la configuración con Él, en su muerte. Sería una anomalía patológica, gozarse en el sufrimiento, por sí mismo, y buscarlo con fruición. La fe y el amor a Cristo, nos fortalecen para salir al paso del dolor, aceptarlo en paz, y así superar lo que, de otra manera nos hundiría en el pesimismo, en la amargura, en la infelicidad. Siempre será una verdad el antiguo adagio: "Ad lucem, per crucem". Jesucristo Luz increada, que "alumbra a todo hombre que viene a este mundo" (Jn. 1-9), nos invita a seguirle, por el camino de la Cruz. Todos, al venir a este mundo, traemos una cruz, que, se nos va manifestando poco a poco. Unos,

la rechazan, no la quieren, y hacen cuanto es posible por liberarse de ella. Otros la aceptan; descubren en ella, un regalo del Padre; la naturaleza resiste; la gracia divina, ayuda a recibirla de buena gana, imitando con ello a Jesús. Los primeros, al rebelarse contra la cruz que les sale al paso, se la hacen más pesada, como dice Tomas de Kempis (Lib. 2, Cap. 12).

El cañamazo entretejido de incomprensiones y amarguras, de dolores y enfermedades, de fracasos y sufrimientos más íntimos, de dificultades en la vida social, en el trato familiar, en la actividad profesional, sin excluir los trabajos por la conquista del Reino de los Cielos, constituyen la cruz de cada día, de cada hora, la que nos viene a medida; de esta cruz, no hay quien se libre. Jesús nos anima a seguirle, y de esa forma, la cruz se nos hace menos pesada; no olvidemos sus palabras: "Venid a Mí, los que estáis cargados con trabajos, que Yo os aliviaré, y encontraréis descanso para vuestras almas" (Mt. 11-28-30). El dolor humano es un misterio, que sólo se ilumina, cuando se vive de cara al Misterio de Cristo. El sufrimiento aceptado y querido por amor de Dios, nos asocia a la Obra redentora del Señor; tiene su puesto en la economía salvadora de la humanidad. No cabe duda que Dios, pudo haber elegido otro medio menos doloroso para redimir al hombre, pero su Sabiduría infinita, ha querido que nuestra salvación, fuera al precio de la Sangre divina, derramada generosamente en la Cruz; nunca debemos olvidar que "por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el Reino de Dios" (Hech. 14-21).

Los Santos lo han entendido bien, y lo siguen entendiendo, aun hoy, los que de veras quieren hacer vida el Evangelio. Todos han seguido las Huellas de Cristo, comenzando por los Apóstoles, que sellaron su fidelidad al Maestro con la propia vida. San Pablo tan hondamente penetrado del Misterio de Cristo, exclama con firme resolución: "Lejos de mí, gloriarme en otra cosa, que en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gal. 6-14). Una piadosa y autorizada tradición nos dice que el Apóstol San Andrés, a la vista de la cruz en que iba a ser crucificado, exclamó: ¡Oh buena cruz, tanto tiempo deseada, y solícitamente amada...! La Iglesia canta: "Ave Crux, Spes unica"; sería interminable citar textos, así de la Liturgia como del Magisterio de la Iglesia, que presentan el misterio de la Muerte de Cristo en la Cruz, como la fuente de donde brotan los torrentes de gracia divina, que sostiene a los hombres, para que no desmayen bajo el peso de su cruz. Es mirando a Cristo en Getsemaní, o camino del Calvario, o pendiente en la Cruz, como los santos aprendieron a adoptar su ac-

titud ante la cruz de cada día. Es muy humano sentir el peso del dolor, y muy natural la resistencia al sufrimiento; anima mucho contemplar a nuestro Redentor, en el Huerto, "puesto de rodillas" Lc. 22-41), orando al Padre, llegó a tanto su dolor que, dice San Lucas, "puesto en agonía, oraba más intensamente" (Lc. 22-44), y fue entonces, cuando le sobrevino el sudor de sangre (Lc. 22-44). Como hombre, acusa su debilidad, pidiendo al Padre, si es posible, "que aleje de Él, aquel cáliz" (Mt. 26-39), pero inmediatamente, nos da el magnífico ejemplo de sumisión a la voluntad de Dios exclamado; "más no como yo quiero, sino como quieres tú" (Mt. 26-39). En la vida cristiana el sufrimiento acompaña con frecuencia a la oración; ésta, a su vez, nos sostiene en el sufrimiento. Contemplando a Cristo, en toda su vida, pero especialmente en su Pasión, advertimos la nueva dimensión del dolor humano; la Cruz es fuente de vida para quienes creen en Jesús; por eso nuestros sufrimientos integrados, por la fe y el amor, en la Muerte de Cristo, que es Vida, se convierte en misterio de resurrección y de gloria, ya que, como enseña el Apóstol San Pablo, "si padecemos con Él, también seremos glorificados con Él" (2.ª Tim. 2-12).

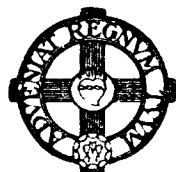
Es cierto que el dolor y todo sufrimiento humano, lleva consigo la secuela de la limitación, de la marginación; es como una especie de muerte lenta; en su nueva perspectiva cristiana, ya no es así; en 2.ª Cor. 12-9, San Pablo, afirma, que "se alegra en sus enfermedades, para que resplandezca en él, la virtud de Cristo". Esto mismo lo vemos comprobado, en la vida de tantos miles de santos, que pese a sus sufrimientos, que, en general se les han prodigado con abundancia, han sabido llevar a cabo, obras prodigiosas, en beneficio de sus hermanos. No encontraremos miseria humana, ya física, ya moral, que no haya sido atendida por personas, a quienes el amor de Dios ha movido a entregarse al servicio de los más necesitados. Han sabido aliviar los sufrimientos ajenos, sin perder de vista, lo que de bueno se encierra en el dolor, cuando se le acepta con amor. En ocasiones, la presentación de estas perspectivas cristianas del dolor, son el único remedio, para sufrimientos que no admiten otro lenitivo, y la experiencia de siglos, enseña, el bien inmenso que hacen las motivaciones ascético-teológicas, que, como bálsamo divino, ayudaron a muchos a superar sus dolores, y hacerlos fecundos, en beneficio del Cuerpo Místico de Cristo. Es verdad que, sin la gracia de Dios, todo se viene abajo, por eso la oración, ya lo hemos dicho, debe acompañar siempre al que sufre, si quiere que su sufrimiento sea, en verdad santo y santificador,

por el poder que recibe del amor a Jesucristo paciente. Otra cara, presenta el dolor, y es el ser instrumento de purificación, en manos de Aquél, que lo envía, con peso y medida. San Juan de la Cruz, comentando el verso de una de las estrofas del Canto Espiritual, que dice: "entremos más adentro, en la espesura", escribe: "De donde también por esta espesura en que aquí el alma desea entrar, se entiende harto propiamente, la espesura y multitud de los trabajos y tribulaciones en que desea esta alma entrar, por cuanto le es sabrosísimo y provechosísimo el padecer, porque el padecer le es medio, para entrar más adentro en la espesura de la deleitable sabiduría de Dios" (declaración de la canción 36).

El sufrimiento, de suyo, no tiene valor alguno, en el orden sobrenatural, y en el orden natural, denota la carencia de algún bien. El hecho de que, el Verbo de Dios, lo haya asumido en la gran empresa de la Redención del hombre, le confiere cierta categoría, y le otorga un lugar en nuestra vida teologal. Sólo con la luz de la fe, conocemos los misterios de la economía de la salvación, y en ese plan salvífico de Dios, los dolores y la Muerte de Cristo, no son algo baldío; el drama que comienza en Getsemaní y termina en el Calvario, pone de manifiesto, el amor de Dios a los hombres, según las palabras del mismo Cristo: "No hay mayor prueba de amor, que dar la vida por quienes se ama" (Jn. 15-13). Al aceptar el sufrimiento mirando a Jesús, sin duda, hacemos actos de fe sobrenatural, que pustifican nuestra actitud de alma; y si además de la fe, el amor a Dios, es decir, la caridad, la hace operante, se pone en movimiento la actividad sobrenatural de nuestra vida interior; nuestro caminar hacia la cumbre, irá marcado con el amor

más generoso, que le enseña a sufrir con paciencia, con paz y serenidad de espíritu, estableciendo así el equilibrio interior, y la unidad en la vida espiritual. En fin de cuentas, el dolor es consecuencia del pecado, y liberados del pecado y de la muerte, permanece el dolor, del cual, el Señor no ha querido liberarnos, para que, siguiendo su ejemplo y con su gracia, convirtamos el dolor en vehículo de bienes eternos.

Si después de seguir paso a paso el desarrollo del proceso de Jesús, hasta su muerte en la Cruz, nos adentramos, guiados por la fe, en los misterios de que nos habla el Capítulo primero del Evangelio según San Juan, y dejamos que el alma, con el divino favor, perciba la Luz que irradia el divino texto, y que ilumina a quien lo lee con espíritu sobrenatural, entonces entenderemos algo de lo mucho que se encierra en el Misterio de la Pasión y Muerte del Salvador, y exclamaremos como el soldado: "Verdaderamente es el Hijo de Dios". Ahora podemos hablar de una auténtica teología del dolor. En el mundo actual, si bien es verdad que, el dolor se puede mitigar de muchas formas, sin embargo, es un hecho, que se sufre y se sufre mucho; el dolor nos acompaña siempre, queramos a no. En este mundo angustiado, en constante evolución, donde todo cambia con rapidez, hay algo que permanece, algo estable, firme, inmutable: Cristo, que es la Verdad, y Cristo reinando desde la Cruz. Es expresiva la leyenda que rodea el escudo de la Orden cartujana: "Stat Crux, dum volvitur orbis"; en efecto, cuando parece que todo se tambalea, sólo la Cruz de Cristo, que es Dios, y cuanto Ella significa, ésta, y estará en pie, por los siglos de los siglos.



## Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

### A B R I L

**GENERAL.** — Que todo el pueblo de Dios, unido con sus Pastores, crezca "para obedecer a la fe".

**MISIONAL.** — Que el progreso de los pueblos de Asia se funde en los auténticos valores religiosos.

# GLORIA A MARIA ESPOSA DEL ESPIRITU SANTO

ANTONIO PACIOS, M. S. C.



Es la tercera relación de la Virgen con la Santísima Trinidad, que quisiéramos ahora indicar.

Al comunicar el Padre Eterno a la Virgen María su fecundidad para que fuera Madre de su mismo Hijo, como Él era Padre, le comunicó también el principio sustancial de esa fecundidad que es el Amor sustancial de la Trinidad Beatísima, el Espíritu Santo. Recordemos siempre que el principio de toda fecundidad es el amor, tanto en el interior de Dios, en las Procesiones trinitarias, como en sus obras hacia afuera: sólo el amor nuevo a Dios a obrar.

Y esa comunicación que hace el Padre a la Virgen María del Espíritu Santo es en toda plenitud, porque es para una obra cumbre que agota el poder divino. Por esa asociación de la Virgen María al Espíritu Santo se va a convertir en Madre de Dios, verdaderamente Madre de Dios. Y por eso, no puede la acción de la Virgen María ser desemejante o desdecir de la acción del mismo Espíritu Santo que se le da como Esposo como principio de fecundidad. Por eso

queda totalmente llena del Espíritu Santo, para que la obra de la encarnación del Verbo que sale de los dos aunque de distinto modo, como de distinto modo debe el ser un hijo al padre y a la madre, lo deba igualmente a los dos, y en un plano de equitativa igual dignidad. Por eso, la comunicación que se hace a María del Espíritu Santo es en toda la plenitud y riqueza infinita de ese Amor sustancial de Dios: no hay más límite que su potencia obediencial, su capacidad obediencial de creatura.

Pero recordemos que esa docilidad de la creatura a la obra de Dios es tal, como hecha por el mismo Dios, que todo lo que afirmamos positivamente de la Virgen nunca dirá lo que ella es, porque nunca nos dirá lo que Dios puede hacer en Ella; e hizo todo lo que pudo, porque así lo exigía su obra.

Esa relación de Esposa del Espíritu Santo aparece clara en el capítulo primero de San Lucas, cuando la dice el ángel: "El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombras; y por eso el Santo que de tí nacerá será llamado Hijo del Altísimo" (Lc. 1, 35). Será llamado; pero será llamado por el mismo Dios, y cuando Dios pone el nombre a una cosa el nombre le pertenece: no sólo será amado, sino que será de verdad el Hijo del Altísimo. Y fijémonos que el ángel alude al Espíritu Santo como verdadero Esposo de la Virgen María, porque la pregunta de Ella había sido: "¿Cómo sucederá esto, si no conozco varón?" (Lc. 1, 34). Lo que había de hacer la unión con un varón lo va a hacer la unión del Espíritu de hacer la unión con un varón humano, lo va a hacer la unión del Espíritu Santo, porque ninguna unión humana podía dar lugar a la encarnación del Verbo, que es obra totalmente divina, la efusión total de Dios hacia la creación.

Y esa Maternidad que se le comunica, tengamos en cuenta, contra los errores que hoy se reproducen, que mira a Cristo Dios: la misma Persona que es Hijo del Padre, es Hijo de la Virgen María, y es Hijo por obra y operación activa del Espíritu Santo. Por eso, en el Credo que rezamos en la Misa, del mismo Hijo de Dios del que decimos "Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero", de ese mismo Hijo de Dios, Dios verdadero de Dios verdadero, continuamos diciendo: "se encarnó de María la Virgen, por obra del Espíritu Santo, y se hizo Hombre".

Hay en ese papel de esposa del Espíritu Santo, en esa relación peculiar de la Virgen Santísima con la

tercera Persona de la Santísima Trinidad, algunas cosas que quizá converga destacar.

La primera, cuál es la grandeza de la Virgen María. Recordemos que la Esposa es asumida siempre a la dignidad de su esposo, no a la inversa. Por consiguiente, la dignidad de la Virgen María es la misma que la del Espíritu Santo: se le entrega totalmente. Sólo hay una diferencia, no cabe duda que notable: la excelencia de la Virgen María es recibida —comunicada por el que la toma como esposa—, la del Espíritu Santo es una excelencia poseída por derecho propio, que se da. Por eso de la Virgen María podemos afirmar todo, y nos quedamos cortos, mientras no digamos que es Dios, mientras no afirmemos que tiene por sí lo que sólo tiene por don y limosna del infinito Amor con que Dios la ama: sólo Dios es por sí mismo, fuera de Él, cuanto es, y encuan to es, lo es por donación de Dios. Por esa Ella misma dice: “Congratulaos conmigo, porque siendo pequeñita —como creatura—, de tal modo agradé al Altísimo que de mis entrañas engendré a Dios y Hombre verdadero”. Esto por lo que mira a su grandeza y dignidad.

Lo segundo, sobre la extensión de la acción de la Virgen María. El Espíritu Santo no es un esposo infi. el Precisamente de Él toma nombre toda santidad. Si, pues, ha querido convertir a la Virgen en Esposa suya para la obra más grande de generación del Verbo en carne mortal, y para divinizar esa naturaleza humana de Cristo con la comunicación de la Divinidad, es evidente que ninguna fecundidad ha desarrollado ni desarrollará jamás el Espíritu Santo, sino en unión de la Virgen María, con Ella, por Ella, y en Ella. Y como toda vida se debe al Espíritu Santo como principio de amor, no hay, ni ha habido, ni habrá vida alguna natural en el universo que Dios no haya hecho en con, y por María. Por eso Ella es verdaderamente la Madre de la Vida; la Madre total; no hay otra. Todas las demás son puros instrumentos de su maternidad universal e individual con respecto a cada uno. Y eso vale todavía más en el orden sobrenatural: porque todos nos hacemos hijos de Dios por la incorporación a Cristo; y como Cristo se constituye por obra de María y del Espíritu Santo, toda nuestra filiación se debe a Ella, que igual que igual que constituye como Madre a Jesús Hombre, constituye a todos nosotros, y nos engendra como miembros del Cuerpo Místico de ese Hijo suyo.

Y por eso no hay ninguna filiación, ninguna fecundidad sobrenatural, ninguna obra muestra digna del cielo, en que no esté actuando la Virgen María. No sólo es Mediadora de todas las gracias: es la gracia instrumental del Espíritu Santo actuando en cada uno

de nosotros. Por eso nos dice Pablo VI que sin Ella ni podemos nacer a la vida sobrenatural, ni podemos tener el más mínimo desarrollo en esa vida (Credo del Pueblo de Dios): se requiere su acción materna en mí para ello.

Toda alma en gracia es esposa del Espíritu Santo, porque en todas ellas obra el Espíritu Santo frutos eternos de salvación, actos divinos que nos hacen y manifiestan hijos de Dios. Pero todas tienen esa unión de esposas con el Espíritu Santo por comunicación, por participación de la Virgen María, por entrega voluntaria de ese Espíritu del que Ella está llena, que reparte en todos sus hijos, deseosa de verlos a todos transformados en Dios.

Y lo mismo se diga de nuestras acciones naturales. Aun las acciones malas que ejecutamos, si son acciones vitales, no las hacemos si el concurso de Dios, sin la acción del Espíritu Santo en y con nosotros, no a lo que en ellas hay de desorden, pero sí a lo que en ellas hay de vida y de existencia. El desorden no es ser; es carencia de ser, carencia de ordenación debida que nuestra libertad se niega a poner. El ser, al que afecta ese desorden, es perfección, es hermosura, es vida, y lo pone el Espíritu Santo, y lo pone la Virgen María con nosotros. Por eso hemos de procurarnos avergonzarnos con nuestros pecados, no poniendo nosotros el mal y el decorden, donde Ella sólo pone bondad, hermosura, vida, participación de Dios.

Tercero, debemos considerar la inhabitación del Espíritu Santo en la Virgen María. Hay una frase que leemos en el Oficio de Pentecostés, tomada de la Escritura: “El Espíritu del Señor llenó, anegó o inundó el orbe de la tierra” (Sab. 1, 7). ¿Cuál es esa tierra? No la tierra? No la tierra en su sentido obvio como planeta habitado por los hombres, porque esa tierra la vemos bien carente del Espíritu de Dios muchas veces. Esa tierra es la Virgen María, de la que decimos en todo el Adviento: “Cielos, enviad vuestro rocío; ábrase la Tierra, y germine al Salvador”. Y ahí hemos de ver a la Virgen María como compendio y resumen de toda la creación, y término a la que toda la creación se ordena. Toda la efusión y anegamiento del Espíritu divino se da a Ella como un mar. Ella después deriva en arroyuelos y ríos incontenibles a todos los seres y a todas las creaturas, que sólo permanecen en el ser gracias a que Ella les da la participación del Espíritu de que Ella está llena, según se nos dice en el Salmo: “Apartas tu Espíritu de la tierra, y todo se reduce al polvo; vuelves tu Espíritu a ella, y todo es recreado y renovado” (cf. Salm. 103, 29-30). Y de ahí ha de brotar nuestro agradecimiento

total a la Virgen María, como Madre nuestra, como Madre de vida, como Madre de Dios. Y sobre todo, el conocimiento y la confesión de la docilidad total de humildad, absolutamente maravillosa de la Virgen. Y esto podemos advertirlo en un detalle: la única cooperación que una creatura puede tener con Dios para obrar, es dejarse obrar por Dios, ser dócil instrumento suyo. Pues bien, fue tal la docilidad de la Virgen María Madre de Dios, esa docilidad humilde que Ella expresa cuando dice: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc. 1, 38); fue de tal grado esa docilidad, tan absoluta, tan inconcebible, que fue capaz, por esa docilidad, de ser cooperadora y verdadero instrumento activo de Dios, como Madre, para dar el ser a su mismo Hijo Unigénito. ¡Qué lección para nosotros, que tanto queremos actuar, y que tanto quisiéramos hacer, y que tanto quisiéramos obrar; qué lección para nosotros, para dejarnos ante el Sagrario, abandonarnos en manos de Jesús, de su Espíritu, y de su Papá celestial,

para que hagan en nosotros como quieran, imitando a la Virgen María en su fecundidad, en su plenitud de Dios.

Y finalmente, un último aspecto de esta entrega del Espíritu Santo. Al engendrar el Padre eternamente a su Hijo se proyecta hacia Él con Amor infinito, y ese mismo Amor infinito que su Hijo recibe, proyecta el Hijo al Padre Eterno. El Espíritu Santo es quien nos proyecta en enamoramiento hacia Dios; amamos a Dios con el amor que el Espíritu Santo difunde en nuestros corazones (Rom. 8, 5). Esa inundación del Espíritu Santo, esa entrega total, provoca así en Ella una corriente inconmensurablemente intensa, e infinita, porque es infinita la fuerza que la mueve, para volverse al Padre Eterno, para agradecerle todo lo que de Él ha recibido, para no tener ni otra ilusión, ni otro deseo, ni otra ansia, que cumplir su beneplácito. Ella, asociada a su Hijo, dice igual que Él: "Mi manjar es cumplir es cumplir la voluntad de mi Padre celestial" (Juan. 4, 34).

## LA REFORMA LITURGICA EN MATERIA DE IMAGENES

E. GUERRERO S. J.

El Concilio Vaticano II exaltó y confirmó una vez más la exposición de imágenes sagradas a la veneración de los fieles, si bien prescribiendo que se expongan *moderato numero et congruo ordine*. Expresiones en que se significa, no que esas imágenes hayan de ser pocas, como malamente se ha traducido en la edición de la BAC, sino que no han de ser en número excesivo, ni caprichosa e incongruamente colocadas.

Y no podía ser de otro modo. Desde los primeros siglos de la Iglesia de Jesucristo aparecen en los templos y lugares de oración y de reunión de los cristianos esas sagradas imágenes: de Cristo, de

la Virgen María, de los apóstoles, de los mártires... Y a lo largo de toda la historia ha perseverado esa venerable tradición, y se ha incrementado con abundancia de expresivos y devotos testimonios en escultura, pintura, mosaicos...

En ellos ha quedado sensible y emocionante recordatorio de los diversos aspectos del misterio cristiano, de toda la historia de la salvación y de las virtudes y hechos edificantes de quienes con su vida lo han mostrado y acercado a la inteligencia, admiración y amor de los hombres.

Por eso, el furor iconoclasta de ciertos coetáneos nuestros de estos años posconciliares, muy semejante al de los anatematizados

por el Concilio Niceno II, séptimo ecuménico, merece ser cordialmente reprobado, como rebelión contra el Espíritu Santo, que inspiró e inspira el culto de las sagradas imágenes, y contra la Iglesia que lo autorizó y fomentó, y como apostasía de la fe y devoción de nuestros mayores que con la efeción, exposición y veneración de esas sagradas imágenes intensificaron su fervor cristiano para mejor realizar en sus vidas el espíritu de Jesucristo.

Pero además ha de reprobarse como contrario a las exigencias de la naturaleza humana que, por ser racional, esto es, inteligente mediante la previa acción de los sentidos, nada puede conocer que

por éstos no le entre de algún modo; hasta el punto de que los conceptos con que Dios y sus atributos son representados han de ser abstraídos de las percepciones sensibles y aplicados o transferidos a Él según las leyes de la analogía. *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu.*

La misma revelación que del Padre y de todo el mundo sobrenatural nos hizo Jesucristo ha de ser asimilada por nosotros en conceptos derivados de los sentidos y de mundo natural, debidamente acomodados a aquella inefable realidad.

Más aún; sin la viva y sustancial imagen del Padre, que es el Verbo, encarnado en los encantos de la Santísima Humanidad de Jesucristo, no se nos habría hecho posible esa aproximación vital y cordial de que gozamos los cristianos en nuestras relaciones filiales con Dios.

Por lo cual, renunciar a la expresión sensible de lo religioso, mediante apropiadas imágenes, es inhumano. Es renunciar prácticamente a la religión. Lo es aún tratándose de filósofos y teólogos, no ya de los situados en los estratos menos cultos del pueblo de Dios.

Y para toda clase de personas, cuanto mayor sea la viveza y la belleza de la representación sensible del misterio cristiano, mayor será la facilidad de conocerlo y sentirlo, evitando, es claro, toda exageración y toda impropiedad que indujera a la formulación de juicios falsos sobre la realidad sobrenatural.

Tengo sobre mi reclinatorio una imagen de la Virgen con el Niño. Ella, de aspecto inocente y realmente virginal, está de pie, concentrada su mirada y su atención en Jesús, niño de pocos meses, al que presenta, no abrazándolo y

estrechándolo contra su pecho, sino ofreciéndolo al mundo en sus puras manos, y dándosele sin reserva. Una leyenda que alude a la Virgen, dice: ELLE EST TOU-TE DONNANT.

El tierno niño, sostenido en las manos de su Madre, se muestra en actitud de absoluto abandono en ellas y, además, de entrega total y desinteresada a los hombres, cuya salvación es razón de su ser, de su vida y de su obra redentora.

Otra leyenda, referente al Niño, dice: IL EST TOUT DONNÉ.

Prescindiendo de consideraciones técnicas y artísticas, el significado religioso de esta estampa es para mí emocionante: Jesucristo, Sumo Sacerdote, Purísima e infinitamente Preciosa Víctima, se nos da todo entero, y por amor desinteresado, para salvarnos, santificarnos y glorificarnos. Y la Virgen María, asociada consciente y libremente desde el instante de la Encarnación del Verbo a la obra redentora de su Hijo, no tiene por ideal de su vida sino el de Cristo. Por eso, además de preparar y desarrollar a la Víctima Santa dentro de sus entrañas virginales y después, se dedica exclusiva e integralmente a cooperar con Él, y especialmente durante su sagrada pasión. Entonces, máxime en el Calvario y en la Cruz, sufre con Él, ofrece al Padre los padecimientos de Él y los suyos propios, ora con Él, se sacrifica con Él, es Corredentora con Él...

Cristo se nos da, y Ella nos lo da y se nos da con Él. Todo este misterio de amor se nos sensibiliza en tan devota imagen.

Las imágenes no se entenderán sin previa cultura religiosa. Pero ésta supuesta en grado suficiente, el misterio representado nos entra en el alma con los encantos del

arte sagrado y hace mayor presa en el alma.

¿Y no ha de procurar la liturgia auténtica que ese inefable misterio se adueñe por completo de nuestro ser, de forma que en él ya no vivamos nosotros, sino Cristo mismo y su Santo Espíritu.

Sublime finalidad que no se conseguirá con la supresión de imágenes y por puras consideraciones abstractas y lógicas razonamientos, sino por el equilibrio, exigencia del ser humano, que siempre ha procurado la venerable tradición católica, entre la representación sensible y la explicación teológica. Ambas se ayudan y se complementan en el culto, y proporcionan al hijo de Dios materia más fácilmente accesible a su reflexión, oración y vital asimilación.

¡Señor nuestro Jesucristo, que eres Sumo Sacerdote y Suma Víctima, pero también Rey de reyes y Señor de los que dominan, *Pantocrator!* Dígnate liberarnos de ese neomodernismo iconoclasta, que no sólo destruye las sagradas imágenes, sino que niega las verdades reveladas por Ti, y a Ti mismo, imagen sustancial del Padre y, en particular, la más necesaria para superar el confusionismo reinante, la autoridad magisterial que conferiste a tu vicario, el Romano Pontífice. Sin la cual, el pueblo católico, que es el auténtico pueblo de Dios, perecerá sin remedio, anegado en el diluvio de mentiras, tergiversaciones, exageraciones y sofismas que sobre él, en cataratas espantosas, descargan, sin cesar, legiones no sólo de aficionados irresponsables metidos a teólogos, sino de teólogos sedicentes profesionales, pero, en realidad, carentes del carisma específico del teólogo católico, que es la sobrenatural obediencia a la autoridad doctrinal de la Iglesia.

# HERENCIA DE ENIGMAS PARA EL AÑO 1973

*Reproducimos de "La Vanguardia Española" del pasado 31 de diciembre el siguiente artículo de don Manuel Aznar. El panorama que nos presenta del mundo actual creemos que puede ser fuente de interesantes reflexiones para el lector.*

En estos días que tan insistentemente nos invitan a meditar, ¿no te sientes, lector amigo, como rodeado de enigmas? El año 1972 deja a 1973 una herencia alucinante; un mundo de sombras; un horizonte de misterios. Paulo VI acaba de hablarnos del "abrumador pensamiento de la paz". ¿Cómo debe de ser la situación de las almas para que el Santo Padre, guardián de la verdad revelada, se sienta abrumado, abatido, postrado, a fuerza de pensar en la imposible paz entre los hombres. Pensar sin que el pensamiento pase de ser una quimera cruel. Anhelar la paz viendo cómo el anhelo se transforma en engaño. El Papa vuelve la mirada, uno y otro día, hacia todos los paisajes, y no encuentra descanso para sus ojos. El único descanso posible es el que nos ofrece el orden sobrenatural. No existe sosiego fuera de Dios. No hay esperanza cierta en la política, ni en la economía. La convivencia humana es un pobre mito. Hasta del recinto espiritual de las Iglesias ha huido la paz. Los creyentes, cuanto más profunda es su fe, más sometidos se sienten a pruebas conturbadoras. Nuestra Iglesia Católica, Apostólica y Romana no es la que sufre menos. Acaso sus amarguras son, en estos momentos, más difíciles de sobrellevar. Todos los que a ella vivimos acogidos, y a su magisterio nos sujetamos, conocemos el incesante combate que hay que afrontar para seguir ordenando nuestra existencia de acuerdo con la Fe, con la Esperanza y con la Caridad. En otros tiempos, los guías o directores de almas eran fuente de confortación segura y abundante. Ahora, muchos de ellos necesitan de tal manera ser confortados en sí mismos que apenas se atreven a descifrar nuestras inquietudes y a procurarnos el necesario consuelo. La inmensa crisis de las religiones acrecienta y agrava los enigmas del hombre. A mi paupérrimo juicio —ya voy siendo un creyente de catacumba, ingenuo y elemental— Paulo VI ha pronunciado la palabra más alentadora; la que pueda restaurar en su plena vigencia la virtud de la Esperanza. Frente al "proceso conta-

gioso de insatisfacción general y patológica que ha invadido a la generación actual" nos anuncia "el renacimiento de la vida contemplativa en la Iglesia" y declara que ese "renacimiento será la señal del reino de la paz". O sea: la Iglesia de la Santidad como respuesta a todas las formas de desacralización: ¡he ahí un puerto de buen refugio!

\* \* \*

Entretanto, ¡cuánta duda y cuánta aflicción! ¡Aflicción y duda en todas partes, por todos los caminos! Porque si a lo estrictamente humano venimos, ¿a dónde podríamos dirigirnos que no fuese para topar con situaciones de alarma y de angustias. Creo que no hay exageración en ver al hombre de hoy circundado de enigmas. Y lo grave del caso es que a los responsables de la cosa pública les acontece lo que me parece que les sucede, según he dicho antes, a los guías o curadores de almas; tan abrumados se hallan ellos mismos, y en tanta confusión respecto de lo que mejor conviene a la salud de los pueblos que, lejos de infundir calma y confianza a las respectivas comunidades nacionales, dan la impresión de estar muy necesitados de ayuda y de compañía para vencer sus propias pesadumbres.

\* \* \*

Enigma en Vietnam; porque más allá de los discursos, arengas, glosas, declaraciones que sobre el mundo vienen cayendo a diario como un bombardeo, ¿dónde está la verdad, dónde la razón y cuál es la línea divisoria entre la justicia y la hipocresía?

Washington y Hanoi anuncian su horror a la gue-



rra y sus deseos de paz. ¿Por qué, entonces, no conciertan sus voluntades? ¿Por qué se atormentan mutuamente, sin piedad? ¿Por qué permiten que prevalezca el odio? ¿Qué se esconde detrás de las gigantescas devastaciones producidas por los aviones norteamericanos en Vietnam del Norte. ¿Qué se oculta al otro lado de los humanitarios enternecimientos norvietnamitas, y de sus asaltos guerrilleros, de sus cohetes, de sus voladuras de polvorines y de los martirios que imponen a las poblaciones del Sur? El mundo no lo sabe; todo se vuelve palabras, palabras, palabras...

\* \* \*

Enigma es la suerte que corren y la que amenaza correr las tierras del Oriente Medio: las del nacimiento del Dios de paz; y también las de su pasión y muerte en la Cruz. Es difícil discernir quién pronuncia con más energía y con mayor emoción la palabra "paz". ¿La señora Golda Meir? ¿El presidente Anuar el Sadat? ¿El rey Hussein? ¿Los maronitas del Líbano? ¿Los revolucionarios de Siria? ¿Los generales de la Inmortal Mesopotamia? Todos; cada uno en su lengua y en su especial plegaria; unos ante Yaveh; otros ante Alá el misericordioso; éstos ante el Gran Arquitecto; aquéllos adorando al Niño de Belén, Luz de Luz, Dios de Dios; y cantándole himnos de alabanza. Pero en lo alto arden cielos de guerra, poblados de pájaros mortíferos. Por supuesto; Nixon y Breznev se unen a los coros de Jerusalén, de El Cairo, de Beirut, de Bagdad y de la maravillosa Damasco; sin embargo, cada hora que transcurre trae nuevas cargas de cainismo y de venganza. ¿Qué mortal ficción corroe al mundo mientras pasan y vuelven a pasar en procesión aquellos que se nos presentan como profetas y apóstoles de la hermandad? Del atormentado pueblo palestino, ¿quién se va acordando ya?

\* \* \*

Enigma de desesperaciones y de crímenes en Irlanda del Norte; en Pakistán y en Bangla Desh; en la India misteriosa; en la China indescifrable; en Mongolia, la de las temibles fronteras; en ambas Alemanias, que anhelando ser una sola, aceptan ser dos, porque el patriotismo alemán continúa siendo un peligro, y hay dioses devoradores, Molochs insaciables que aún exigen, en holocausto, el corazón de sus víctimas. No queda otro remedio que compla-

cerles. Aún más; todos hemos de asistir al sacrificio y aplaudir fervorosos.

\* \* \*

Enigma de enigmas es el destino del fabuloso crisol conocido por el nombre de Estados Unidos de América del Norte; con sus negros y sus blancos, su ensayo de ilimitadas libertades miríficas, de exaltación del hombre hasta la cumbre más alta de los derechos, aunque en la marcha ascendente se pierda y casi se borre la línea de las humanas obligaciones. ¿Qué mundo irá a nacer de la incalculable prueba norteamericana? ¿Qué sentido de la familia, del poder, de la virtud y del pecado, de los fueros y jurisdicciones nacionales e internacionales, de la calidad de vida, engendrará ese pueblo, admirable muchas veces, desconcertante casi siempre?

\* \* \*

Enigma el Japón de 1972 y de 1973, en marcha resuelta hacia yo no sé qué formas de poderío. Preguntad a un chino, a un coreano, a un filipino, a un malayo, a un indonesio, a un hombre de Rangún: "¿Qué piensa usted del nuevo Japón?". Veréis cómo la contestación es amable, y hasta risueña, pero si observáis atentamente, acabaréis sorprendiendo entre las amabilidades y las sonrisas un punto de estremecimiento; de miedo.

La China revolucionaria, ¿hasta dónde llevará su revolución?

La Rusia soviética, que aspira, sin duda, a ser la primerísima potencia militar del mundo, aunque no pierde ocasión de hacer melindres pacifistas, a fin de que nadie se asuste, ¿qué planes guarda en su mente y en su corazón para servir ensueños de imperial y universal dominios?

La Humanidad de nuestros nietos, ¿será inevitablemente comunista?

\* \* \*

Hay otros enigmas que llamaremos menores. Por ejemplo, este: ¿cuáles serán las formas de vida liberal que ha de ir adoptando la sociedad británica, y

en qué medida creará, inventará normas y modos políticos adecuados a las exigencias de los tiempos?

O este otro: la Francia de 1973 se dispone a cerrar una época —la del general de Gaulle, indiscutiblemente grande y genial— y a iniciar otra. Hay quienes aseguran que nos aguardan políticos franceses más aventuradas, enamoradas de cambios importantes y, en suma, revolucionarios. Los franceses hablan y escriben mucho acerca de las elecciones legislativas anunciadas para la primavera próxima. Hay un Frente Popular de por medio. Y cree en la victoria. No lo sé. No lo sabe nadie. El triunfo del Frente Popular no sería, en todo caso, un acontecimiento reservado exclusivamente para nuestros vecinos. Ejercería una influencia señalada en buena parte de Europa. Y, seguramente, intentaría ejercerla en España.

\* \* \*

Así podría apuntar otras situaciones, mayores o menores, que tengo por enigmáticas. Están preparadas y desplegadas para irrumpir sobre el tiempo venidero como irrumpieron las plagas bíblicas sobre los pueblos o las tribus de la idolatría y de la sensualidad corrompida.

He aquí otro enigma: el del sexo imponiendo una ley tiránica, igual que si en él estuvieran resumidos los supremos títulos de la autoridad. ¿Qué buscan ciertas juventudes de hoy con unas libertades sexuales que no son, que no pueden ser sino impudicia, inmundicia y degradación de la condición del hombre y de la mujer? Parece imposible que la exaltación de la sexualidad no esté destinada y encaminada hacia otros fines. ¿Quién puso en marcha esta aberración de nuestros días? ¿Cómo las puso? ¿Para qué? ¿A quién aprovechan?

Ahora mismo se discute en Francia acerca de una profesora de filosofía que en la ciudad de Belfort ha explicado a sus alumnas el arte y las artes del amor carnal. Trátase de saber si una muchacha de 18 años, normal y honesta, puede asistir a las clases teóricas

de la profesora Mercier. Aún quedan gentes que no han cancelado su capacidad para escandalizarse. He aquí lo que escribe un comentarista tan distinguido como es Pierre Vianson-Ponté:

“Una señorita de 18 años se halla, evidentemente es peligro moral si su profesora de filosofía comenta ante ella el folleto del doctor Carpenter titulado “Aprendamos a hacer el amor”. Pero la misma señorita tiene la edad requerida para ir, cuando le plazca, a ver la película de Bertolucci, “El último tango en París”. Ahora bien: entre la lección teórica del folleto, fríamente clínica o tristemente técnica, a pesar de que lleva una onza de malicia, y los trabajos prácticos de la película, de un impudor increíble, de una brutalidad física que corta la respiración, hay un mundo. De un lado, una explicación pesada, poco atrayente en su pedantería, que no parece la más indicada para trastornar a una adolescente; del otro, una invitación nada disimulada, e ilustrada —y en qué medida!— a dar rienda suelta a todos sus instintos.”

La pornografía, la lujuria más primaria y elemental, las preocupaciones sexuales invadiéndolo todo; he aquí otro de los interrogantes ante el hombre de hoy.

\* \* \*

Si alguien, tras la debida reflexión, entiende que existen motivos humanos para asegurar un año 1973 tan feliz como nos lo deseamos mutuamente en las saluciones y en las cenas de Pascuas y de la noche de San Silvestre, yo le agradecería que me los dijese; porque, optimista como he sido siempre, quisiera continuar siéndolo y guardar fidelidad a mis esperanzas, sin capitular un momento ante las amenazas y los estrépitos que mueven los creadores de desolaciones.

En última instancia, nos quedará el consuelo de poder exclamar: “¡A la paz de Dios!”. Es decir, nos quedará la oración.

AL MEDIO SIGLO

# 1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XXXVIII

FRACASO DE LOS ESFUERZOS PARA LA PAZ

LLEGA 1918. - EL TRAGICO TERCETO WILSON-LLOYD GEORGE-CLEMENCEAU

**Ahora (escribimos en 1972) se habla demasiado de la paz. En cambio, antes de 1917, no se hablaba nunca de ella. Cuando hacía falta**

¡No dudamos que chocará un tanto al lector este subtítulo. ¿Quién no desea la Paz? ¿Es que somos nosotros quienes vamos a criticar se la invoque tanto?

Pero es que, en la actualidad, la Paz no depende, por desgracia, de la buena (y si no otra cosa, de la floja voluntad egoísta de los pueblos, deseosos de vivir vida materialista y tranquila) disposición de muchas Naciones, sino de que otras, las revolucionarias y agresivas dejen de atacarlas.

Nos parece absurda y mentecata esta crítica general y universal contra los Estados Unidos (que, en el fondo, revela, sobre todo de parte de la tan degenerada Europa, un complejo innoble de envidia ante su poder), y sus guerras de Corea y Viet-Nam, como si tales guerras las sostuviesen por imperialismo o por sport. Sin ellas, rusos y chinos plantarían sus tiendas oprimiendo al mundo todo, especialmente a esta Europa, inconsciente, fatua y desgraciada que nos toca vivir, incapaz de toda idea, no ya noble, sino de todo instinto de unión. ¿A qué predicar la Paz? Habría, en todo caso, que predicarla a los dirigentes de Moscú o de Pekín, deseosos de devorarnos.

Un exceso de propaganda de Paz, hoy no puede llevar sino a que quedemos todos más desarmados, si cabe, ante la agresión comunista que sólo nuestra ceguera impide ver.

Este exceso de propaganda de Paz de hoy, contrasta con la absoluta carencia de propaganda de Paz que se registró antes de 1914, y que aún se observaba en plena I Gran Guerra.

Entonces, cuando las Naciones que se llamaban civilizadas (no existían los actuales Países-monstruocomunistas de hoy), notablemente Francia, Inglaterra y Alemania, andaban encendiéndose en odios, era cuando hubiera habido que predicar.

Por la más descarada ambición, por el peor imperialismo, por los sentimientos más gratuitos crueles,

los patriotismos de las civilizadas naciones, de Francia, de Inglaterra, de Alemania, empujaban a las juventudes a luchar contra el odiado vecino, sin reparar que era tan respetable como él, tan cristiano de origen como él.

Ya hemos visto que el ideal de franceses y alemanes, era matarse entre ellos. Y el de los ingleses, ver como los demás se mataban.

Chabacanas parecen estas afirmaciones, pero son verdad.

¿Porqué Alemania debía sentir celos del progreso de Francia, o viceversa, y porqué Inglaterra, dueña de más de una tercera parte del mundo, quería aún más territorios, en holocaustos a sus egoístas patria y rey?

Más a nadie, en aquellas épocas, se le ocurría esto. Es más; la patriótica agresión al vecino era virtud.

Este tremendo crimen era compartido, triste es decirlo, por los católicos y por las derechas. La grandeza de la Patria se antepone a Dios mismo, y se colocaba sobre el bien y el mal.

No es para encarnizarnos contra los franceses; peores, mucho peores y más crueles aún, en su egoísmo patrio, eran ingleses y alemanes, que en este pecado de orgullo acarrearón la destrucción de Europa y entregaron media parte de ella al Comunismo. Pero observando la conducta de los católicos franceses, antes, durante, y aún —por desgracia no se corrigieron— después de la I Gran Guerra se ve a cuán lamentable situación llevaba su anticristiano patriotismo.

Ya hemos lamentado — y viene a colación repetirlo, en este artículo en que vamos a hablar de Clemenceau—. Jamás hemos oído blasfemia peor que la que se tributó al “Tigre”, y que no horrorizaba a tanta monja badoque que, por haber salvado (?) a la Francia, le consideraban (ver la mucha literatura que sobre tan desdichada figura existe) como una Juana de Arco masculina: “Era admirable. Lo había discutido todo, hasta a Dios. Pero a Francia no”.

¿Es qué es más la Patria que Dios?

No hace mucho, leímos en una novela, de otro lado preciosa, "Una Familia de Bandidos", romántico relato de realistas y "chouanes" de la Vendée, esta horrible frase, ensalzando el valor, también, de los azules, es decir, de las tropas revolucionarias. "Hijos míos, debemos estar contentos. Eran también héroes. ¿No eran franceses?". ¡De modo que, si eran franceses, se les podía perdonar ahogasen curas y monjas en el Loira! ¡A tanto llega la ceguera patria! En Francia se ha visto tantas veces. A un blasfemo, a uno que fuese traidor, y vendiese y llevase a la muerte a curas y monjas, hay que perdonarle: "es, en definitiva, un hermano equivocado". ¡Ah! pero a un "espion" al servicio de Alemania, hay que fusilarle. Las injurias a Dios se perdonan; las de la Patria, no. Para muchos, incluso para monjas, si se trata de una "Gloire de la France" importa poco sea Voltaire o Bossuet.

Y si hemos dicho esto de Francia; ¿qué no diremos de Alemania, que llevó tan nefastos sentimientos al racismo y al naciismo, super-exageración del patriotismo anticristiano, y, sobre todo, de Inglaterra, cuyo Imperio hoy celebramos haya desaparecido, pues, subsistiendo el mismo, *era materialmente imposible que, un día, el mundo retornase al Cristianismo?*

### La voz del Papa. No escuchada

Nada tiene por tanto de extraño que en una Europa, personificada por los orgullos francés, inglés y alemán, la voz del Papa Benedicto XV resonase vacía.

Por primera vez, y en forma oficial, el Papa ofrecía condiciones justas y honorables de Paz. "Fue a su casa, a los suyos, y no fue recibido" dice San Juan. "Habló a los suyos, y no fue escuchado" nos atrevíamos a decir nosotros, como un eco.

En 1.º de agosto de 1917, hizo llegar Benedicto XV una nota sugiriendo condiciones de paz. En su orgullo (si, alguna vez parecemos germanófilos es siempre ante la peor hipocresía de Francia y de Inglaterra, no por otra razón), los alemanes, torpes como siempre, que sentían que acogotaban a Rusia, no hicieron caso de ella. Menos Francia e Inglaterra. Su anticlerical "Patrie" de la primera, su insoportablemente orgulloso Rey, con su desprecio antipapista en la segunda, ni se dignaron escucharla.

Pero la Historia ha hecho su vindicta. Alemania fue arrastrada a la I Catástrofe, preludio de la II y más tremenda. Y Francia e Inglaterra, en buena hora, han perdido sus Imperios, abriendo esperanzas a las razas de color y a un tercer mundo. Hoy todo el orbe, por cierto, sufre y pondera por este tercer Mundo; es pobre, es verdad, y necesitado. Pero ¿no estaba infi-

nitamente peor cuando se hallaba partido en colonias y dependencias francesas e inglesas, que lo tenían sumido en el más infame de los abandonos y miserias y explotaciones peores que los de los capitalistas de hoy?

El Papa no fue escuchado Y Europa ha pagado caro su pecado. Lo triste es que también pagamos por él algunos países europeos que jamás hemos sentido este maldito orgullo, nacional y anticristiano... Y que tal orgullo, disfrazado de virtud nacional, abrió la puerta al Comunismo, hoy dueño de más de la mitad de nuestro Continente...

Los siglos XVII y XVIII nos muestran lo fatal que fue la alianza del Altar con los Tronos. Por cuanto éstos fueron apóstatas, y abusaron de la indulgencia de aquél, comprometiéndolo en sus orgullos y egoísmos... Los siglos XIX y XX nos muestran, a su vez, lo fatal que ha sido el pretender mancomunar Altar y Patrias. Éstas fueron a su vez apóstatas, y, en su orgullo, quisieron ser más que Dios y comprometieron a aquél... Jamás hemos gustado de ver las banderas nacionales, por respetables que sean, cabe el Altar. Cuanto menos las banderas de las viejas, grandes, soberbias potencias Europeas del 1914: Francia, Inglaterra y Alemania en primer lugar...

Más ya hemos expresado bastante estos sentimientos en los primeros artículos de esta Serie. Pasemos ahora al tema que nos ocupa. Culminación, si cabe, de todas las angustias de este 1917. La aparición de Clemenceau, de Lloyd George, de Wilson.

Resumamos a estos tres hombres que habían de ser el nefasto terceto árbitro del Mundo entre 1918 y 1920.

### Clemenceau. El sectarismo

Figura, hasta en lo físico, repugnante entre todas. Incendiario cuando la Commune, allí en los 1870, representó esta abominable mezcla, no rara, de patriotismo con el anticlericalismo y el sectarismo más feroz: por tanto, lo más abominable. Tratándose de la grandeza de Francia, todo crimen le era perdonable. Y las derechas las primeras en perdonárselo a su vez. Le vemos en el Interior en diciembre 1905 en el Ministerio Sarrien: a la vez con el doble designio de hacer daño al clero y a España (Conferencia de Algeciras). Luego, desde 1906 a 1909, Presidente del Consejo de Ministros, desplegando unas energías personales que le valieron el apodo, no injusto, de "El Tigre". Director, periodista, de las más abyectas publicaciones y panfletos. Durante su mando, crecieron todas las

intrigas en Marruecos, al amparo francés, contra la pobre España, culminando en la tragedia del Barranco del Lobo en 1909. No en vano el sectario ideal de Clemenceau fue siempre el dañar a sus grandes enemigas, las dos naciones católicas por excelencia: Austria y España. El ideal de su vida. El primero —la destrucción del Imperio Austro-Hungaro— lo pudo realizar plenamente en los “Tratados (Dictados)” de St. Germain y de Trianon, con la destrucción de la milenaria monarquía católica.

Su propia bestialidad lo alejó momentáneamente del poder. ¡Hasta aquí podía llegar Francia! De otra parte, y en plan chauvinista, ya tenía a Poincaré, no por más académico, menos belicista, antes al contrario. Este tremendo imperialista, uno de los grandes promotores de la I Gran Guerra como hemos visto, primero Presidente del Consejo de Ministros, luego Presidente de la República, había personificado todo el violento espíritu de la “Revanche” francesa.

Limitado, empero, por la Constitución, y llegados a 1917, había sufrido sino algún descrédito, una mengua en su popularidad, ante lo duro de una Guerra a la que no se veía el fin. Se habían ido sucediendo Ministerios: los Briand, los Ribot, los Painlevé, etc.; pero se exigía una mano dura. No nos podemos extender ya a más detalles. Las Sectas, la Masonería —ejemplo, en Francia, de patriotismo siempre, cuando se trata de dañar a la Iglesia, y aun cuando no— hicieron el resto. En 17 de noviembre, Poincaré, como Presidente de la República, pese a su enemistad personal, no tuvo otro remedio que llamar a Clemenceau y poner los destinos de Francia en manos del viejo incendiario.

### Lloyd George. El egoísmo británico

También en Inglaterra se exigía el poner el gobierno en manos, digámoslo así, enérgicas. Al antiguo “tandem” Asquith-Edward Grey había sucedido Lloyd George, personalmente con fama de simpático, dinámico, en apariencia menos británico, pero en realidad el político más desprovisto de escrúpulos de toda su época. Se había dado a conocer en múltiples ocasiones como Ministro digamos de Hacienda; en su labor de organización de armamento y municiones, etc. Desde 1916, pese a su carácter de galés, poco afecto de parte de todos los viejos “torios” y conservadores por su aspecto y apariencias un tanto demagógicas, había tomado las riendas del Imperio. En los años sucesivos había de ser el más importante y decisivo

político de su época, y el gran responsable, el mayor de todos, de tantos tremendos errores, injusticias y aberraciones como se cometieron en Versalles y Tratados adyacentes en los tristemente “felices” años 1918-1920. Ya nos tocará hablar de él.

### Woodrow Wilson. La fatuidad

Para colmo, para irrisión, los poderosos Estados Unidos se hallaban en manos este verdadero iluso y visionario, ignorante de los problemas de Europa, y creyéndose llamado a un verdadero mesianismo. Y, si lo creía así, comenzaba siendo contradictorio consigo mismo, ya que, al entrar en guerra a favor de los Aliados, se convertía, a la vez, en juez y parte. De él, el famoso periodista americano Sidney Brooks, en “The XIX Century” decía: “No es, ni en sus relaciones personales ni en las políticas un grande hombre (big-man). Testarudo, voluntarioso, un tanto vengativo, aficionado a representar el papel de arcángel, maestro de escuela, sermoneando acerca de la depravada actitud de cuantos no comparten su opinión, no es personalidad idónea para prestarse buenamente a facilitar las cosas”. Y “The World” lo enjuiciaba así: “El antiguo ídolo de la democracia se halla hoy (después de la guerra) desacreditado y condenado. Sus frases retóricas, oropeles rotos y mustios de un pensamiento del cual los hombres dudan ahora, no caerán ya nunca con embeleso hipnótico sobre los oídos de la ávida muchedumbre. La máscara de preceptos éticos y de filosofía que durante mucho tiempo cerró los ojos de los más perspicaces ha sido arrancada; se ha revelado a todos los pueblos del mundo como un autócrata arrogante y un político de compromiso”. Y añade Carlos Banús en su “Historia de la Guerra de 1914”: “Tal era el hombre que se presentaba como «redentor de la humanidad», como árbitro del Universo. Cabe preguntar en qué se fundaba para creer que con sus discursos, que unas veces parecían homilías y otras resultaban terribles catilinarias, sobre todo contra el Kaiser y su gobierno, y con la intervención militar iba a concluir con las guerras y dar a la Humanidad una paz perpetua. Su malhadada intervención en la lucha impidió una paz de conciliación, que hubiese sido posible en la primavera de 1918, después de las derrotas de los aliados en Francia. Con ella se llegó a la criminal paz de Versalles, altamente funesta para Europa, a la cual los norteamericanos, después de contribuir poderosamente a su ruina, han abandonado”.

LUIS CREUS VIDAL

# LO ASOMBROSO Y LO ABSURDO

MARIO J. SAURAS, S. J.

Vivimos en un siglo de los asombrosos descubrimientos y de las aberraciones más absurdas.

Verdaderas lumbreras de las ciencias naturales, científicos eminentes, esclarecidos físicos; con sus prolongados estudios, con sus concienzudos trabajos descubren los arcanos de la naturaleza, deslumbran a la humanidad, escriben páginas gloriosas e inmortales.

A largos kilómetros de distancia vemos a las personas que nos hablan y oímos su propia voz; se bucea lo profundo de los mares; se dominan los espacios interplanetarios; se llega a escalar los astros, se desintegra el destructor átomo.

¡Qué grande es el poder y la sabiduría de los hombres! Mas la sabiduría y el poder de Dios son infinitivamente mayores. La naturaleza toda, los cielos y la tierra, sin cesar proclaman la gloria de Dios. Lo dice el Rey David en el salmo XVIII. Y Dios es quien ha encerrado en los senos de la tierra cuanto los hombres van descubriendo con sus grandes trabajos.

Estas verdades inconcusas, que deben rellenar el alma de gozo y de alegría contrastan con otras, no menos ciertas, que hacen vacilar a muchos con dudas y preocupaciones, que les arrastran al materialismo, con la pérdida de la fe. ¿Y cuál es su causa?

Atrevidos oradores, escritores ayunos de ciencia y de experiencia, revistas que echan a la cuneta a Jesucristo, solayan a Dios, dudan o niegan los dogmas más fundamentales de nuestra sacrosanta

religión, quitan de las conciencias la idea del pecado, falsean los tormentos del infierno y de su eternidad, anulan la virtud de la esperanza y convierten al hombre en centro del materialismo más refinado y brutal.

Estos teólogos de nuevo cuño enseñan el pluralismo más escandaloso, al publicar en sus escritos y en sus discursos que los Obispos no están conformes con las enseñanzas de Paulo VI en *Humanae Vitae*, que hay sacerdotes que públicamente desobedecen a sus Pastores, que muestran su desacuerdo con los Documentos de las Sagradas Congregaciones Romanas, y que las iglesias locales deben estar y vivir independientemente del Romano Pontífice.

Repetidas veces Paulo VI ha manifestado la amargura de su corazón y la tristeza de su alma al contemplar los desvaríos y locuras de tantos ingratos hijos suyos; y por ello el día 23 de abril de 1969 manifestaba sus graves preocupaciones con estas alarmantes palabras: *“Estamos viviendo un momento tal vez decisivo para la vitalidad espiritual e histórica de la Iglesia... La Iglesia necesita permanecer coherente con sus auténticas y vitales tradiciones... La Iglesia tiene necesidad, hoy más que nunca, de mantenerse firme en la profesión y en el estudio de la fe de siempre y ortodoxa... La Iglesia siente la necesidad de sacar de la vida interior, de su oración —litúrgica o privada— de las fuentes de la gracia su inspiración, su alegría su fortaleza...*

En su alocución del 25 de junio de 1970 invitó especialmente a los sacerdotes jóvenes a refrescar la conciencia sacerdotal, rechazando las injustificadas dudas sobre la identidad del sacerdocio ministerial y viviendo los legítimos deseos de su ministerio. Se refirió concretamente a la reforma litúrgica, a los nuevos organismos eclesiásticos y al seminario, con estas palabras:

“Las dudas, como sabéis, se producen sobre la identidad, como hoy se dice, del sacerdocio ministerial; dudas, sobre todo peligrosas, cuando no infundadas. No pongamos nunca en duda nuestra vocación, nuestra investidura sacramental de «dispensadores de los misterios de Dios», nuestro «indeleble carácter sacerdotal».”

“No intentemos nunca laicizar, desacralizar nuestra personalidad, considerar posible una defección nuestra de los deberes sublimes y gravísimos y, al mismo tiempo, dulcísimos de nuestro generoso celibato. No hagamos hipótesis nunca sobre la eventualidad de inventarnos una Iglesia nueva y artificial, modelada según esquemas arbitrarios o copiados de la sociología secular. No aflojemos ni quebrantemos nunca los vínculos de nuestra comunión eclesial. No dosifiquemos a nuestro deseo o a nuestro egoísmo el homenaje filial y sincero de nuestra obediencia, de nuestro servicio, de nuestro amor a quien en la Iglesia tiene la responsabilidad de pastor y de maestro. Seamos sacerdotes verdaderos, sólidos, felices de ser tales.”

Y el Vaticano II en el núme-

ro 11 sobre el Ministerio y vida de los Presbíteros dice: "Los Presbíteros conseguirán en forma adecuada la santidad ejerciendo sus funciones de manera sincera e incansable con el espíritu de Cristo". Y cita las palabras del Apóstol a su discípulo Timoteo cuando le dice: *Éste sea tu ocupación; éste tu estudio de manera que tu aprovechamiento sea a todos manifiesto. Vela sobre ti mismo, atiende a la enseñanza, insiste en ella. Haciendo esto te salvarás a ti y a los que te escuchen* (1.º Timoteo, IV, 15 y 16).

Y en el número 12 del mismo Decreto añade textualmente: *Este sagrado Concilio para conseguir sus fines pastorales de renovación interna de la Iglesia, difusión del Evangelio por todo el mundo y diálogo con el mundo actual; exhorta ardientemente a todos los sacerdotes a que, poniendo los medios aptos recomendados por la Iglesia, se esfuercen en conseguir siempre un mayor santidad, con lo que se harán instrumentos cada día más aptos para*

*el servicio de todo el Pueblo de Dios.*

Y entre los documentos recomendados por el Concilio enumera la Exhortación de San Pío X al clero del 4 de agosto de 1908; la Encíclica de Pío XI del 20 de diciembre de 1935; la Exhortación de Pío XII del 23 de septiembre de 1950, la Encíclica de Juan XXIII del 1.º de agosto de 1959.

Repetidas veces Paulo VI nos ha dicho que tenemos que vivir en el mundo, para salvar al Pueblo de Dios, pero que no hemos de ser como los del mundo; implicados, sumergidos, zambullidos en él. No nos hemos de adaptar ni a las máximas, ni a los gustos, ni al modo de hablar y de obrar como los del mundo. El buen ejemplo, las santas y evangélicas doctrinas y consejos de todos los sacerdotes siempre ha de ir por delante en todos los actos de su vida.

El amor a los pobres, a los necesitados, a los enfermos, a los

pobres obreros; el visitar a los enfermos en sus casas, en los hospitales, en las cárceles: el enseñar con cariño y con amor a los niños, acariciándolos, agasajándoles es el mejor medio conocido para ganar los corazones de sus padres.

Así lo hicieron un Juan de Dios, un Pedro Claver, un José de Calasanz, un Vicente Paúl, un cura de Ars; y en nuestros días Antonio Vicent, el Marqués de Comillas, Carlos Ferris, y otros mil y mil.

No olvidemos que la misión de todo sacerdote, ya sea secular o regular, como decía San Clemente, es la misma que la que nos enseñó Jesucristo: ANIMAS MELIORES REDERE, perfeccionar, santificar las almas.

Y terminemos con las palabras que pronunció Paulo VI en febrero de 1972 a unos sacerdotes recién ordenados: *La santidad, la caridad hacia todos los hombres, el sacrificio y la cruz voluntariamente aceptada, dará a vuestra vida un carácter arduo, pero la fortificará.*

## SUMARIO

**CARTA DE S. S. PAULO VI AL OBISPO DE BAYEUX Y LISIEUX PARA EL CENTENARIO DE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS**

**UNA GRAN EFUSIÓN DE CARIDAD**, Roberto Cayuela, S. I.

**EL "CATECISMO"**, Frag. de la autobiografía de San Antonio M.ª Claret.

**¿SE REEDIFICARÁ EL TEMPLO EN NUESTROS DÍAS?**, de Rabi Mordechai Ha-Cohen.

**AMARAS A TU PRÓJIMO**, Severiano del Páramo, S. I.

**DIMENSIÓN TEOLÓGICA DEL SUFRIMIENTO CRISTIANO**, Fr. Antonio de Lugo, O. S. H.

**GLORIA A MARÍA ESPOSA DEL ESPÍRITU SANTO**, Antonio Pacios, M. S. C.

**LA REFORMA LITÚRGICA EN MATERIA DE EMÁGENES**, E. Guerrero, S. I.

**HERENCIA DE ENIGMAS PARA EL AÑO 1973**, de Manuel Aznar.

**AL MEDIO SIGLO — 1917 EN LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA — FRACASO DE LOS ESFUERZOS PARA LA PAZ — LLEGA 1918 — EL TRÁGICO TERCETO WILSON-LLOYD GEORGE-CLEMENCEAU XXXVIII**, Luis Creus Vidal.

**LO ASOMBROSO Y LO ABSURDO**, Mario J. Sauras, S. I.

**ORACIÓN DE STA. TERESITA DEL NIÑO JESÚS PARA PEDIR LA HUMILDAD.**



**Año XXX - NUMERO 504**  
**BARCELONA**  
**FEBRERO 1973**  
Depósito legal: B. 15860-1958

**ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º-(10)**  
**Teléfono 221 27 75**

**Director: Fernando Serrano Misas**

# ORACION PARA OBTENER HUMILDAD

Santa Teresita del Niño Jesús. (Últimas conversaciones)

¡Oh, Jesús! Cuando erais peregrino en la tierra dijisteis: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el descanso de vuestras almas*. Sí, poderoso Monarca de los cielos, mi alma halla el descanso al ver cómo os abajáis vistiendo forma y naturaleza de esclavo, hasta lavar los pies de vuestros apóstoles. Entonces me acuerdo de estas palabras que pronunciasteis para enseñarme a practicar la humildad: *Ejemplo os he dado para que lo que yo he hecho lo hagáis también vosotros. No es mayor el discípulo que el Maestro... Si comprendéis estas cosas, seréis felices practicándolas*. Yo comprendo, Señor, estas palabras salidas de vuestro Corazón dulce y humilde, y con la ayuda de vuestra gracia quiero practicarlas.

Quiero abajarme humildemente y someter mi voluntad a la de mis Hermanas, sin contradecirles en nada y sin averiguar si tienen o no derecho de mandame. Nadie tenía, Amado mío, este derecho respecto a vos y, sin embargo, obedecisteis, no sólo a la Santísima Virgen y a S. José, sino también a vuestros verdugos. Ahora os veo colmar la medida de vuestros anadamientos en la Hostia. ¡Con qué humildad, oh, divino Rey de la gloria, os sometéis a vuestros sacerdotes, sin hacer distinción alguna entre los que os aman y los que son, por desgracia, fríos y tibios en vuestro servicio! Ya pueden adelantar o retrasar la hora del santo Sacrificio; estáis siempre pronto a descender del cielo a su llamada.

¡Oh, Amado mío, qué dulce y humilde de corazón me parecéis bajo el velo de la blanca Hostia! No podíais abajaros más para enseñarme la humildad. Por eso, quiero responder a vuestro amor, ponerme en el último lugar, participar de vuestras humillaciones, a fin de *tener parte con vos en el reino de los cielos*.

Os suplico, mi divino Jesús, que me enviéis una humillación cada vez que intente sobreponerme a las demás.

Pero conocéis, Señor, mi debilidad; cada mañana tomo la resolución de practicar la humildad, y por la noche reconozco haber cometido muchas faltas de orgullo. Al ver esto, me tienta el desaliento, pero sé que el desaliento es también orgullo. Quiero, por tanto, Dios mío, fundar mi esperanza sólo en vos. Puesto que todo lo podéis, dignaos hacer nacer en mi alma la virtud que deseo. Para obtener esta gracia de vuestra infinita misericordia, yo os repetiré muchas veces:

*Jesús manso y humilde de corazón, haced mi corazón semejante al vuestro.*